

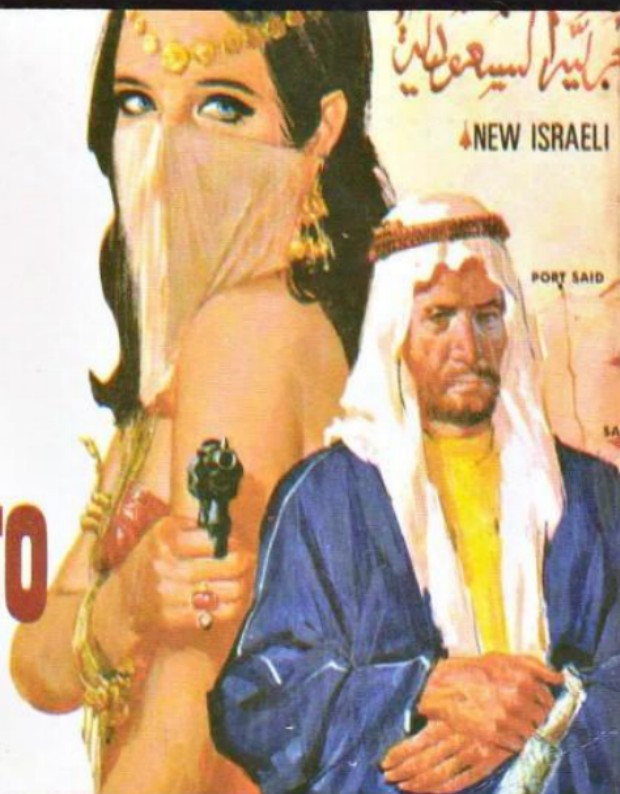


BOLSILIBROS
EASA

FBI

Franklin
Ingmar

ORO NEGRO AL ROJO



e



colección
F.B.I.

© FRANKLIN INGMAR
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-06-01137-8
Depósito legal: M. 43.015 - 1977

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

e
EDITORIAL
ANDINA, S.A.

**ORO
NEGRO
AL ROJO**

**Franklin
Ingmar**

colección
F.B.I.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

«Cuando el soplo de los demonios cierra la puerta. Dios entreabre la ventana».

(Proverbio árabe)

E

LLA estaba en pie en medio de la carretera polvorienta, fijando su mirada furiosa en el capot levantado de su automóvil, como si su cólera fuera a aplacar el chorro de vapor que escapaba del radiador.

Detrás, un carro tirado por bueyes se detuvo. Los rayos verticales del sol y la dura subida de aquella carretera de montaña habían cubierto de sudor el lomo de los cuadrúpedos. El carretero descendió y se acercó a la mujer.

Llevaba un albornoz mugriento. Se puso a gritar con grandes gestos. Tenía por qué. El coche averiado obstruía completamente la carretera, invadida por una muchedumbre jamás vista en Kerma. Coches, camiones y carretas vetustas; de cuando en cuando, un camello. Árabes a pie.

Todos huyendo hacia el Norte para escapar a los bombardeos israelíes.

La moto que Dave Berry había comprado en Suakine, la capital del reino de Kerma, abajo al Sur, se detuvo a su vez. Esperó detrás de la carreta, cubierto de polvo y sudor. El árabe del albornoz gritaba aún. Detrás de él, un autocar lleno de muchachos de alguna escuela se había inmovilizado.

La joven revisó una media docena de odres de piel de cabra colgados al parachoques del autocar. Pasó por delante de Dave para dirigirse allá.

Cuando sus miradas se encontraron, Dave decidió que ella no era más árabe que él. No solo por su ropa europea, sino también por su desenvoltura y modo de andar, que no eran fáciles de encontrar en una mujer árabe.

—Si piensa utilizar ese agua, no hará más que terminar de derretir su pobre radiador, señorita.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Un viejo conductor de dientes amarillentos descendió, comenzando a discutir con la muchacha en árabe. Meneó enérgicamente la cabeza. Luego, cinco o seis muchachotes robustos descendieron a su vez, y el conductor les señaló el coche averiado.

Una cacofonía de cláxons resonaba a sus espaldas.

Cuando los ocupantes del autocar empujaron el coche, la joven trató de detenerles.

Todo en vano.

Unos segundos más tarde, el automóvil, yacía en el fondo de una profunda acequia que bordeaba la carretera.

Enseguida, la larga columna de refugiados reemprendió la marcha.

—¿A dónde se dirige?

—Hacia el Norte.

—¿A Amara?

Ella no respondió inmediatamente. Dave se dio cuenta de que era muy bonita. Su tez tostada contrastaba maravillosamente sobre el color claro de sus ropas. Ella pareció decidirse a hablar finalmente.

—Sí, claro. A Amara. Usted es americano, ¿no? ¿Está haciendo un reportaje sobre el conflicto de árabes y judíos?

—No, no soy periodista.

—¿No? Entonces, no entiendo qué hace usted aquí. Yo he estado algunos años en los Estados Unidos, estudiando en la Universidad de Columbia, en Nueva York.

Dave comenzó a comprender aquel aire desenvuelto de la muchacha. De repente, en los bonitos ojos negros vio una llamita.

—¿Puede llevarme con usted? ¿Cómo se llama? Mi nombre es Nadia Rankin.

—¿Es usted pariente de George Rankin?

George Rankin era un general británico que se había expatriado en aquel país y que había formado y después dirigido la Legión de Kerma, en la época en que Kerma era aún un protectorado británico. Cuando el país alcanzó su independencia, decidió seguir a las órdenes del rey Farid. En Suakine, la capital, se decía que era un agente de los judíos, y se había visto precisado a huir.

—Soy su hija. Voy a reunirme con mi padre.

—¿En Amara?

—Sí.

—Buen momento escogió para reunirse con su padre. «*Okay*», suba.

Antes de instalarse en la moto, volvió a su coche, abriendo la portezuela.

—Supongo que deberé abandonar todo mi equipaje.

Volvió con un saco de mano que colgó de su hombro. Se sentó

decididamente en el asiento trasero. Tenía todo el aire de una colegiala europea o americana que se dispone a dar un paseo en moto por la campiña.

—Gracias, míster...

—Dave Berry.

El motor de dos cilindros se puso a petardear alegremente. Pero el joven lo paró casi al instante.

—¿Qué pasa?

—Mire.

Detrás de ellos, los refugiados se apartaban de la carretera a toda prisa. A quinientas yardas, sobre la carretera, una nube de polvo amarillo se elevaba. Un ronroneo creciente.

—¿Un convoy militar?

—Eso parece.

Dave sintió las manos de Nadia crisparse a sus costados.

—Tengo miedo. Si me encuentran...

—Quédese dónde está. La polvareda que levantan no les dejará ver lo bastante.

—Soy la hija de Rankin.

—No la verán.

La columna militar se aproximaba en medio de un bamboleo siniestro. El primer vehículo era un «jeep» que llevaba montada delante una ametralladora. En el techo flotaba un estandarte azul con un sol rojo.

—¡Yussef Rushdi! El brazo derecho del rey Farid. Va en busca de mi padre.

Yussef Rushdi era el jefe de la Policía secreta de Kerma. Era él quien había descubierto la supuesta complicidad de George Rankin con los enemigos del pueblo árabe. Era célebre en todo Oriente Medio; desde los «douars» del Magreb hasta los valles fértiles del Tigris y el Éufrates, su nombre era sinónimo de terror.

Una docena de vehículos, entre «jeeps» y camiones, desfilaron por delante de la moto, en una nube de polvo. Diez minutos después de haber pasado, las murallas rocosas de los cañones devolvían aún el eco ensordecedor de los motores.

—Rushdi no piensa en otra cosa que en capturar a mi padre.

Los problemas del mundo árabe no interesaban a Dave. Le habían encargado en Washington encontrar a un cirujano americano llamado Frank Longley, que había sido cogido en plena tormenta y había desaparecido. Las indagaciones del Departamento de Estado no habían tenido éxito.

Dave había oído rumores en Suakine de que había partido hacia el

Norte, con los refugiados. Tal vez hacia Amara.

La moto comenzó a petardear nuevamente. Con Nadia en la grupa, Dave puso rumbo hacia el Norte, tras las huellas que dejaban en el polvo Yussef Rushdi y sus hombres. Un camino lleno de dificultades, de las que no eran lo menos molesto la fila interminable de refugiados de los bombardeos junto a la frontera israelí.

Dos horas interminables.

Un cruce de caminos.

—Para aquí, Berry.

El americano hizo alto. Se volvió a medias en su asiento y la miró. El sol no tardaría en ponerse. ¿Qué buscaba ella? Había metido la mano en el saco que colgaba de su hombro. Cuando la sacó de nuevo, tenía una pequeña automática que le apuntaba.

—Necesito su moto, Berry.

Se miraron sin decir nada.

—Voy a Amara. Usted puede venir conmigo si lo desea, preciosa.

—Imposible. Necesito su moto.

—¿Es por su padre?

—Voy a reunirme con él.

—¿No está en Amara?

—No.

—«Okay», preciosa. Pero mi moto seguirá conmigo. Los dos juntos vamos a Amara.

Dio un taconazo e hizo rugir la moto.

—Le prevengo, Berry... Esto es una pistola, y está cargada —tuvo que gritar para dominar el ruido del motor.

—¿Qué va a hacer? ¿Matarme?

—Deme su dirección. Le reembolsaré su máquina. Tengo necesidad de ella. Estamos a cinco millas de Amara. Usted puede continuar a pie. Yo... yo debo ir más lejos.

Dave meneó la cabeza.

—Necesito encontrar a un médico americano llamado Frank Longley. Me dijeron que está en Amara, así que iré a Amara sin perder un segundo.

—¿El doctor Frank Longley? Es curioso.

—¿Sí? ¿Por qué?

—El doctor Longley no está en Amara.

Ella podía estar mintiendo con un aplomo increíble. Pero no era esa la impresión del americano. Su sorpresa le había parecido verdadera.

—¿Dónde está?

—Allá donde yo voy. Puedo llevarle hasta él.

Guardó su pistola, como si tratara de convencerle de su sinceridad.

Dave puso el motor en marcha, el nivel del cambio de velocidades en punto muerto, y la embolsó hacia Amara. Quería comprobar cuál era su reacción.

—Escúcheme, Berry. Tiene que creermelo. ¿Ha oído hablar de Hady Hamid?

—El brazo derecho de Yussef Rushdi, ¿no? Eso es lo que dicen los periodistas extranjeros en Suakine.

—Es falso. Hady y yo vamos a casarnos. Fue herido cuando ayudaba a mi padre a escapar, y ahora le cuida el doctor Longley. Hady es un hombre maravilloso.

La personalidad de Hamid tampoco interesaba a Dave. Se encogió de hombros y dirigió la moto en la otra dirección, hacia donde le había indicado la muchacha. Nuevamente entre grupos de refugiados.

Luego, Nadia le tocó la espalda y señaló con el dedo hacia un estrecho sendero anguloso que serpenteaba en una fisura del cañón, a la derecha. La moto tuvo que seguir un lecho de arroyo seco.

★ ★ ★

—Eso que se ve ahí delante es el oasis de Shibwan.

El pueblo parecía salir de repente de una postal. Calles estrechas, niños jugando, mugre y miseria. Enfilaron hacia la calle aminorando la marcha que habían traído. El soldado de caqui, uniforme de la Legión de Kerma, salió a su encuentro tan súbitamente que estuvo a punto de provocar un accidente.

Gritó una orden en árabe.

—Quiere que nos apeemos.

La moto fue colocada al final de la calle, apoyada contra el muro de una casa. Un poco más allá, un «Land-Rover» acababa de detenerse. Un grupo de soldados bajó de él.

El soldado siguió hablando.

—Quiere que le demos las armas.

Nadia entregó la suya. Al mismo tiempo, miró sorprendida a su compañero, que extraía una «Magnum» calibre .38 del bolsillo trasero del pantalón.

Entretanto, un hombre había descendido del «Land-Rover». Los soldados se pusieron firmes de inmediato.

—¡Papá! —exclamó Nadia.

George Rankin, el legendario general británico, era un hombre más bien pequeño, uniformado en caqui, pero irreprochable. Exhibía un par de mostachos muy ingleses, los mismos que forjaron aquel Imperio Británico de los tiempos de la reina Victoria.

Nadia le puso al corriente de todo en pocas palabras.

Rankin le tendió la mano a Dave.

—Gracias por todo, Berry. Estoy contento de tener aquí a mi hija antes de partir.

—¿Te vas, papá? ¿A dónde?

—A Amara.

—No debes ir allá. Nos cruzamos con un fuerte destacamento encabezado por el propio Rushdi. Se dirigían allá porque creen que estás tú.

—Lo sé, hija. Y también sé que el rey Farid en persona llegará próximamente a Amara en su avión particular. Quiere estar presente cuando Rushdi me atrape.

—¿Y sabiéndolo vas a meterte en la boca del lobo? Aquí estás a cubierto, papá. Nadie sabe que estás aquí.

—No lo entiendes, pequeña —sonrió el general—. No es mi intención quedarme aquí definitivamente. Amara es el único puerto del país, y todos me suponen allí, esperando un barco en el que abandonar el país. Es, por otra parte, una ciudad lo bastante grande para esconderse de los hombres de Rushdi. Pero se da la circunstancia de que yo no soy un traidor, ni un espía... Quiero entrevistarme con el rey y explicárselo así. Él me creerá.

—Papá, eso es muy arriesgado.

—No vas a convencerme por mucho que hables, pequeña. Ya he hecho todos los preparativos para mi marcha.

—¿Cómo está Hady?

—Va mejorando. En Suakine creímos que habría que cortarle la pierna. Pero el doctor Longley ha conseguido el milagro una vez más. Hady permanecerá aquí hasta mi vuelta, hasta que yo haya hablado con mi amigo el rey, le haya convencido y esté de vuelta.

Rankin se volvió hacia Dave.

—¿Quiere usted algo de mí?

—Si no le importa, me gustaría tener mi revólver. Luego, quizá un salvoconducto para poder irme de aquí junto con el doctor Longley, a quién he venido a buscar.

—¿El doctor Longley? Si vino usted a llevárselo, me temo que perderá su tiempo: el doctor no querrá irse de Kerma en estos momentos.

—Soy un agente del Gobierno americano. He sido encargado por el Departamento de Estado, a través del F.B.I., de llevar conmigo al doctor Longley de vuelta a los Estados Unidos.

—Un «G-man», ¿eh?

—Sí.

—Si el doctor Longley hubiera querido volver a su país, nadie se lo hubiera impedido. Él sabe que el Departamento de Estado le busca. Pero el trabajo que está llevando a cabo en este pequeño país es sumamente importante para él. Más importante que todo lo que... ¿Por qué no habla con el doctor?

—Es lo que deseo.

—Se le dará su revólver y un salvoconducto para dos personas, con los nombres en blanco, Berry. Todo lo que tiene que hacer es convencer al doctor de que abandone el país y vuelva a los Estados Unidos.

Dave se dijo que aquella era exactamente su misión.

¿Tan difícil era convencer a un hombre de que debía abandonar una tierra donde solo había fuego, plomo, muerte, sangre y destrucción?

Siguió al soldado que le conducía a la casa donde vivía el médico americano.

CAPÍTULO 2

E

El doctor Longley era un tipo corpulento con una cabellera roja encrespada como una tormenta. Necesitaba un baño y una noche entera de sueño.

—Pierde usted el tiempo, Berry.

—Pero, doctor, el Departamento de Estado y el F.B.I...

—¡Al diablo con todos! —estalló sin poderse contener Siempre escucho las mismas idioteces de todo el mundo. Sé lo que piensan esos imbéciles de Washington: que un médico que ha sido propuesto para el Nobel de Medicina no debe estar pinchando a los árabes piojosos exponiéndose a recibir una buena ración de metralla en las posaderas. Sí, soy un médico prestigioso en nuestro país, Berry, y a veces me cambiaría por un oscuro matasanos de aldea. ¿Es que no puedo hacer lo que me venga en gana? ¿Es esa la tan cacareada libertad que gozamos en nuestro inefable país?

Dave y el doctor Longley estaban sentados delante de un «ragout» de cordero y un pote de «yoghourt». El federal había tenido que esperar más de dos horas a que el médico terminara de pasar su consulta. Esperó hasta que el último de los enfermos se hubo marchado.

—Los «peces gordos» de Washington no entienden que yo pueda desear instalarme en un lugar desheredado como Kerma, ¿eh? —dijo Longley, tragando el último bocado de su «ragout».

—No solo es su reputación como médico. Se trata de sus trabajos al frente de un equipo de médicos, de sus investigaciones para el Pentágono. Usted se fue de vacaciones y lo dejó todo empantanado.

—Ah, ¿es eso?

—¿Le parece poco, doctor? Esa irresponsabilidad es propia de un niño de siete años, pero no de un médico prestigioso como usted. Usted pidió unas vacaciones, y nadie dudó que se las merecía después de varios años de infatigable labor en el laboratorio. Un crucero de placer por el Mediterráneo. Bien, nadie se lo negó. De repente, sale usted diciendo que quiere aprovechar su viaje para saludar a un viejo amigo de la infancia. Nada extraordinario a no ser el hecho de que su amigo, es el mismísimo George Rankin y usted se mete de rondón en Kerma,

un reino minúsculo pero peligroso, en medio de Jordania, Siria e Israel. Todos esperaban allí que la cosa no tuviera más consecuencias. Pero los meses pasaron y usted no tenía intenciones de regresar. El Departamento de Estado hizo lo posible, a través del Consulado general, de ponerse en contacto con usted. Inútil del todo. Finalmente, tuvieron que recurrir al F.B.I.

—Y aquí está usted.

—No debe tomárselo a broma. Es una situación seria. Su equipo de colaboradores está mano sobre mano prácticamente. Usted no les dejó en condiciones de continuar los experimentos por sí solos.

El médico se levantó y volvió con una botella y dos vasos.

—El trabajo que yo realizaba en Washington era una estupidez comparado con todo lo que llevo hecho aquí, Berry. Aquí, igual que en todo Oriente Medio, se necesitan ingenieros y técnicos en irrigación. Pero lo que más necesitan estos países son médicos. Yo puedo hacer más bien aquí en una semana que en diez años en los Estados Unidos. ¿Usted puede entender algo tan simple, Berry?

El hombre del F.B.I., aun a su pesar, asintió.

—Luego está el otro asunto: el petróleo. Suakine está al extremo de la «pipe-line» de Arabia Saudita y de Kuwait. Más de un tercio del petróleo del mundo atraviesa este país, Berry. Si mi amigo Rankin se sale con la suya, el reino de Kerma se convertirá con el tiempo en una democracia verdadera. No hay razón para que un país enriquecido por el petróleo viva en esta miseria de ahora. Yo quiero asistir a esta transformación y también quiero contribuir a ella con todo mi esfuerzo.

—¿Quiere usted decir que su amigo Rankin huye de la Policía local en nombre de la democracia? No lo entiendo. El rey Farid tiene la reputación de un gran liberal. Sin embargo, ha enviado a Rushdi, su jefe de Policía, en busca de Rankin. Hay algo que no marcha.

—El rey Farid ha estado algún tiempo fuera de su país. Digamos que ha estado divirtiéndose un poco en los casinos de Europa y América. Cuando llegó se enteró de ciertos problemas intestinos a los que urgía poner fin. Rusdhi es su jefe de Policía y...

—¿Qué hay con Hady Hamid? Usted le está cuidando después de que fue herido.

—Hamid es un militar de primer orden; ostenta el grado de coronel del Ejército. Rushdi tiene necesidad de él. Desgraciadamente, el coronel es también un ambicioso y un oportunista...

El doctor se interrumpió. Se oía rumor de pisadas fuera. El rumor cesó. Dave fue hacia la puerta y abrió de golpe.

Nadia Rankin estaba allí.

—¡Por fin le encontré!

Pasó al interior delante de él. El sudor perlaba su rostro. Había corrido. Después de asegurarse de que la puerta quedaba cerrada, se enfrentó a los dos hombres.

—Es necesario que me esconda, Berry, o que usted me lleve a Amara con mi padre. Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué diablos ocurre, Nadia?

—Algo horrible: Hassan Eddine está en Shibwan.

—¿Quién es ese tipo?

Longley lo explicó con cierta impaciencia.

—Un tipo que realizaba toda la sucia labor de Rushdi antes de que este fuera nombrado jefe de Policía. Rushdi le sustituyó por orden del rey, pero Eddine consintió en servirle a él como su hombre de confianza. Eso le define admirablemente, ¿no cree? Me pregunto qué diantres puede estar haciendo Eddine aquí, en Shibwan.

En lugar de responder, Nadia dijo:

—Yo no había visto a Hady Hamid desde hacía cuatro años. Me enamoré de él cuando aún era una chiquilla. Él me escribía cartas maravillosas cuando yo estudiaba en la Universidad. Yo le tenía por el hombre más maravilloso del mundo. ¿Cómo pensar que pudiera ser capaz de algo malo? Mi padre alentaba estas relaciones...

—Tu padre es un hombre extraordinario, Nadia —dijo Longley—. Como muchos militares, es un filántropo. Pero, como muchos militares de carrera, es igualmente...

—No hable así de mi padre, doctor. El detesta la guerra, las revoluciones, la violencia.

—Lo que no impide que jamás haya mostrado la menor psicología. Nunca se dio cuenta de la verdadera personalidad de Hady Hamid, tu novio.

—¿Por qué no se calman los dos? —manifestó Dave—. Siga contando lo ocurrido, Nadia.

La muchacha hizo un esfuerzo para concentrarse.

—Después de partir mi padre, fui a ver a Hady Hamid. A lo largo de toda la comida me trató con una falta de consideración total, como si yo fuera una niña de cinco años. Se diría que yo le molestaba. Me fui de la casa y volví a la de mi padre y me acosté, tratando inútilmente de dormir. Tenía ganas de llorar. Luego, al cabo de una hora, terminé por decirme a mí misma que todo era por mi culpa, que no había sabido hablarle a Hady. Sequé mis lágrimas y decidí volver a hablarle de nuevo.

Nadia estaba sentada a la mesa. Miraba fijamente sus puños.

—En el mismo momento en que me acercaba a la casa. Percibí una

silueta perfilándose en la oscuridad. Un hombre pequeño y grueso. Hady le abrió, y pude reconocerlo gracias a la luz procedente del interior. Era Hassan Eddine.

—Sigue, Nadia —apremió el médico.

—Yo sé que mi padre no tiene la menor simpatía a Eddine. De repente tuve miedo. ¿Estarían tramando algo a espaldas de mi padre? Me acerqué a la ventana a escuchar.

—¿Oíste algo, Nadia? ¿Qué oíste?

—Tramaban un complot para asesinar al rey Farid. Eddine forma parte del grupo. Hady También. El rey llegará mañana a Amara. Entre el momento de su llegada y el de su partida pondrán una bomba a bordo de su aparato. El Gobierno será disuelto. Parecían estar muy seguros de que todo saldría bien.

El doctor Longley fijó en ella una mirada desprovista de expresión.

—Creo saber quién recogerá los trozos: Rushdi y su amigo el coronel Hamid.

—Pero ambos se encuentran en campos opuestos.

—¿Tú crees? ¿Cómo te explicas entonces que Eddine llegara a casa de Hamid en cuanto tu padre volvió la espalda? Es evidente que también tú presencia le estorbaba, puesto que esperaba su visita.

El hombre del F.B.I. intervino en el diálogo.

—¿Por qué vino a esconderse aquí, Nadia?

—Tropecé delante de la casa y me caí. Creo que me oyeron. Alguien, supongo que un soldado, me persiguió. No sé si pudo distinguirme en la distancia y la oscuridad. Lo único que sé es que vine hacia acá a todo correr.

—¿Así que no estás segura de haber sido reconocida? —inquirió el médico.

—No lo sé. Pero, sea como sea, es necesario que yo vaya a Amara y advierta a papá. El rey no debe ser asesinado. Es contra Rushdi y los que le son fieles contra quienes mi padre lucha, no contra el rey Parid. Papá está convencido de que un día Farid será un buen rey para su pueblo... si se queda en su país, si trabaja para el bien de sus súbditos. Y, sobre todo, si no se deja manejar por individuos como Rushdi y Eddine. Pero ustedes se equivocan respecto a Hady Hamid. Él nunca osaría tramar nada contra mi padre, el padre de su novia...

—Todo eso es muy bonito, preciosa —manifestó el «G-man»—. Solo que no es más que producto de su desbordante fantasía y de sus incontrolados deseos. Dígame, doctor Longley: usted opina que detrás de Rushdi y su camarilla se esconde algo de... más allá de estas fronteras, ¿no?

El médico esbozó una amplia sonrisa.

—Le entiendo perfectamente, muchacho. Sí, esos tipos están vendidos a cierta potencia del Este. Lo que no sé es si los que mueven los hilos están tras la cortina de hierro o la de bambú, pero tanto da una cosa como la otra, ¿no?

—Así parece.

—Lo de siempre, Berry. Estos países de Oriente Medio tienen un enemigo común: el sionismo. Eso les ha hecho unirse bajo un común denominador: la causa palestina. Pero existe entre ellos la eterna pugna: monarquía contra república. Los monarcas árabes no tienen otro remedio que colocarse bajo la protección de Occidente para así contrarrestar el peligro que supone el comunismo aliado con ciertas repúblicas árabes hermanas. Es la eterna cuestión, aunque algunos países árabes se empeñen en mantenerse en un supuesto Tercer Mundo no alineado.

—El rey Farid, por tanto, está de parte de Occidente.

—Por el momento. Y no olvide que por el territorio de Kerma pasa más de un tercio del petróleo del mundo. Este pequeño reino es un bocado apetecido, ¿no cree?

—Claro que lo creo, doctor.

—Bien, dispongo de un coche, y los soldados me conocen. Yo puedo conducir a Nadia a Amara. No creo que tengamos tiempo que perder, tal y como se presentan las cosas.

—Será mejor que antes nos aseguremos del terreno que pisamos, doctor —dijo el federal—. Voy a enterarme si esos dos conspiradores reconocieron a Nadia. Mientras ella esté aquí, no intentarían nada, pero si ustedes se lanzan en un coche por esas rutas de Dios... Será cosa de una media hora tan solo. Si yo no volviera, ya sabrán a qué atenerse, ¿eh?

—¿Va a usted a arriesgar la cabeza de un modo tan inconsciente, Berry?

—¿No iban a hacer ustedes otro tanto, doctor?

—Sí, claro, pero...

—Estoy expuesto a recibir un estacazo desde el momento en que abandoné mi confortable apartamento de Washington, doctor. Eso me consta.

El médico sonrió.

—Suerte, «G-man».

★ ★ ★

Ahora, un soldado montaba guardia delante de la puerta de aquella casa.

—¿Está Hamid? Quiero hablar con él.

La puerta se abrió casi al instante. Un hombre alto, en uniforme caqui apareció. Tenía una nariz de pico de águila y una mandíbula de perfil acusado. Un tipo que no debía ser fácil de manejar.

—Yo soy Hady Hamid. Usted debe ser el americano que trajo a Nadia Rankin esta tarde, ¿no?

Hablaba un inglés impecable. Una enorme sonrisa descubrió toda su dentadura.

Dave no respondió a la sonrisa.

—Si *miss* Rankin le ha hablado de mí, creo que podremos entendernos más fácilmente.

—¿No quiere pasar?

—Lo que tengo que decirle puede oírlo ahí dónde está, coronel. He hecho ocho mil kilómetros en avión para venir a buscar al doctor Longley. Sus familiares están preocupados por él, y he sido encargado, a título particular, de llevarle de vuelta a nuestro país. No sé si ha sido víctima de un lavado de cerebro, pero el caso es que el doctor Longley se muestra muy extraño. No quisiera tener que recurrir a nuestro consúl, pero...

—¡Cállese de una vez, estúpido! —gritó de pronto el árabe, encolerizado.

Dave sonrió para sus adentros. Había logrado aparecer ante su interlocutor como el americano estúpido y engreído que sale por primera vez de su país, repleto de ideas falsas sobre su preponderancia por encima de los demás países de la Tierra.

—¿Ha hablado usted con el doctor Longley? —inquirió con voz más pausada.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

—Que piensa permanecer en Kerma todo el tiempo que ustedes lo permitan y mientras sea útil a la población.

—¿Y qué espera usted de mí, yanqui del diablo?

—Que le diga, le aconseje, le ordene que me acompañe de vuelta a los Estados Unidos.

—El doctor Longley puede hacer lo que le parezca. Está aquí por su voluntad. Nadie le retiene, pero nadie le pedirá que se marche... siempre que no resulte un problema político.

—Usted no quiere entenderme. Tendré que hablar con *miss* Rankin. Ella sí que...

—Le aconsejo que deje tranquila a *miss* Rankin. Está cansada y se marchó a su casa a reposar.

—Me dijeron que había venido a cenar con usted.

—Eso fue hace mucho rato ya. Le repito que se marchó y no volvió. Está durmiendo, y le aconsejo que no la moleste para una estupidez de ese calibre. ¿Me entendió?

Dave asintió.

Claro que le entendía. Y también había conseguido enterarse de lo que le convenía saber. Nadia no había sido reconocida.

La muchacha no corría peligro.

★ ★ ★

Durante toda la noche los refugiados afluyeron hacia las murallas de Amara.

Nadia, el hombre del F.B.I. y el doctor Longley necesitaron media hora para llegar en el viejo «Citroën» de este último. Y luego les fue preciso aguardar tres horas bajo un riguroso turno.

Los hombres de Rushdi controlaban la entrada en la ciudad de cada vehículo, de todos los que llegaban a pie.

—No me esperaba esto. Es lo que nos faltaba —dijo desazonado el médico.

—Pasaremos. Déjeme el volante, doctor. Escúchenme con atención los dos —repuso el federal—. Cuando nos llegue el turno, debemos comportarnos con toda serenidad. Que nadie hable árabe. Responderemos a todas las preguntas en inglés, ¿entendido?

El doctor y la chica asintieron. Cambiaron de sitio, colocándose Dave al volante del pequeño automóvil. Finalmente les llegó el turno. Un soldado avanzó hacia ellos, esgrimiendo un fusil en ambas manos. Otro acudió detrás del primero y gritó algo en árabe.

—Lo siento. Somos americanos.

—¿Americanos? Bien. Sus pasaportes.

El «G-man» y el doctor Longley se apresuraron a mostrar sus pasaportes. El soldado los revisó con crítica mirada y los devolvió. Luego fijó sus ojos desconfiados en la muchacha.

—Está bien, «effendi». Ahora, el pasaporte de la señora.

—Es... es mi esposa.

—Bien, pero en su pasaporte no lo indica. Por tanto, ella debe tener su propio pasaporte. Muéstrémelo.

—Sí, sí, claro... Querida, muéstrale tu pasaporte.

—¿Mi... pasaporte? Oh, sí, naturalmente... Debo tenerlo aquí, en mi bolso de mano.

—¿A qué vienen a Amara? —preguntó el soldado.

—¿Bromea, soldado? Esperamos obtener una plaza en el próximo barco, para volver a nuestro país antes de que una bala nos vuele la

cabeza.

—Esos malditos judíos, ¿no? Ustedes les conocen bien. Su país está lleno de ellos. Está bien, ¿qué ocurre con ese pasaporte? ¿O es que no tiene usted pasaporte?

Dave tenía aún el pie sobre el pedal del embrague. La primera estaba puesta. Solo había una cosa que hacer. Pero había que tomar la decisión en un segundo. No más que eso.

—¡Agachen la cabeza!

Dave aceleró a fondo.

El «Citroën» dio un salto hacia adelante. El soldado que les cerrara el paso hizo un súbito recorte. El que les interrogaba cayó hacia atrás contra la pared de la muralla. En pocos segundos, las detonaciones de varios fusiles atronaron el aire. El silbido de las balas y el impacto en la carrocería. El coche franqueó el estrecho pasadizo a todo gas.

Y a todo gas enfiló la calle.

Más disparos. Ahora era más de media docena de bien engrasados fusiles. El coche se bamboleó a un lado y a otro, hizo un peligroso zigzag...

—¡Los neumáticos! Han reventado los neumáticos... —masculó Dave—. Hay que salir de aquí enseguida.

El «Citroën» embistió contra un tenderete, reduciéndolo a astillas, dispersando la mercancía. Siguió sin dirección. Terminó empotrando el morro en la casa contigua. Quedó parado en seco.

—¡Vamos, afuera! —gritó el «G-man».

Nadia, el doctor Longley y Dave salieron del automóvil y enfilaron a toda prisa el primer callejón que encontraron a su paso. La iluminación no era suficiente para que los soldados les vieran. En ello cifraban sus esperanzas.

Gritos, imprecaciones, algunos disparos espaciados, ruido de pisadas...

Alguien les salió súbitamente al paso. Un hombre de rostro sin afeitar, vestido con el típico albornoz.

—¿Ingleses?

—Somos americanos —respondió Dave, tranquilizado por su actitud.

—¿Les persiguen? Vengan por aquí.

Hay momentos en que uno debe dejarse guiar por su intuición. Dave y sus compañeros sabían que de un momento a otro caerían en manos de los hombres de Rushdi. ¿Por qué desconfiar de aquel desconocido? Le hubiera sido mucho más fácil haber dado la voz de alarma.

Les condujo a una puerta próxima.

Entraron los cuatro.

Una vez al otro lado, el hombre del F.B.I. pudo escuchar claramente el resonar de las botas en la empedrada calle.

CAPÍTULO 3

L

A arquitectura árabe es sumamente peculiar. Uno puede pasar de una casa a otra a través de pasillos interiores, por encima de las azoteas, de puerta a puerta sin pisar la calle. Fue lo que hicieron ellos. Al cabo de quince minutos estaban en presencia de George Rankin.

Nadia y su padre se abrazaron.

—Esto es una estupidez, hija. ¿A qué viene seguirme hasta aquí?

Nadia contó todo lo ocurrido en Sibwan, el atentado tramado por Hamid y Eddine contra el rey Farid, su resolución de no separarse de su padre a todo trance.

Rankin reflexionó sobre todo ello.

—Estoy en una ratonera. Rushdi y los suyos criban todo el barrio, casa por casa, calle por calle. No es posible salir de aquí y mucho menos tratar de dar con el rey Farid. Nadie sabe una palabra de su llegada o su posible residencia en Amara. Ese granuja de Rushdi está en todo; me la ha jugado bien.

—No hay que ser pesimista, general —dijo el federal—. ¿Por qué no trata de ganar el puerto, general? Allí sería posible tomar plaza en un barco y...

—¿Y huir? Eso no lo haré nunca. Podía estar muy lejos de Kerma si ese hubiera sido mi propósito. Sin embargo, ustedes sí que van a salir hacia el puerto. Nadia, el doctor Longley y usted, muchacho. Antes de que sea tarde.

—Papá, yo no...

—Tú harás lo que yo diga, Nadia. Si las cosas se ponen feas, me serás de más utilidad libre y lejos de aquí que a mi lado. Quiero que entiendas esto perfectamente.

La muchacha bajó los ojos.

—Sí, papá.

—Ahora, ustedes dos...

—A mí no te va a resultar tan fácil convencerme, George. Estoy dispuesto a poner a Nadia en lugar seguro si esto es posible. Pero seguiré a tu lado y trataré de influir en el rey Farid a tu favor si llega el caso.

—Berry, usted debe convencer a este tozudo. Usted y él deben acompañar a Nadia fuera del país.

—No creo que sea fácil convencer al doctor Longley, general.

—Está bien, Berry. En cuanto a usted en particular, todo este asunto no le concierne en absoluto. Sería mejor para todos que tratara de escapar ahora que aún es posible.

Dave sonrió.

—Recibí orden de llevar al doctor sano y salvo a Washington. Ustedes deberían saber lo que significa una misión especial para un agente del F.B.I. También nosotros somos soldados, a nuestro modo. Soldados sin uniforme, creo que nos calificó alguien.

—Un puñado de locos, es lo que somos todos nosotros —masculló Rankin—. En fin, que sea lo que Dios quiera. Nadia, por favor, será mejor que tú al menos te marches de una dichosa vez.

—Papá, ¿estás seguro de...?

—Estoy seguro, Nadia.

Ella fue hasta su padre y le besó. Luego se encaminó hacia la puerta donde aguardaba el hombre que les había conducido hasta allí. Rankin le dio instrucciones en árabe. La muchacha y el guía desaparecieron.

★ ★ ★

Pasaron veinte minutos después de la salida de Nadia Rankin.

George Rankin, su amigo el doctor Longley y el agente federal se acomodaron lo mejor posible en aquel saloncito decorado según la costumbre del país.

Nadie hablaba, pero los tres sabían lo que esperaban: una comunicación de los hombres fieles aún al general Rankin; una comunicación referente al paradero del rey Farid y cómo llegar a él: un milagro...

Pero no llegó la comunicación.

Sí entró, sin embargo, un legionario vestido de calle. Su excitación era un mal augurio. Todos lo comprendieron así al punto.

—¡General, general...! Los soldados de Rushdi... han dado con la casa...

Rankin se puso en pie de un salto. Su mano fue al encuentro de su automática. En sus ojos se leía claramente la resolución de vender cara su vida. Miró a sus dos amigos americanos con el ceño fruncido, pero ahora no les recriminó por haberse quedado allí. Ya todo era inútil.

Un estruendo fenomenal procedente de la puerta de la casa habló de la irrupción de los soldados de Yussef Rushdi, jefe de Seguridad de aquel país.

—¿Su nombre? —preguntó Rushdi.

Su uniforme verduzco estaba cubierto de polvo. Era un individuo muy delgado, calvo como un huevo. Se expresaba en un inglés bastante correcto.

—Dave Berry. Americano —aclaró.

Pareció sorprendido, y fijó sobre el federal una mirada interrogadora.

—¿Por qué razón está usted en Kerma?

Dave explicó cuál era su misión, sin mencionar para nada a su Gobierno, al Departamento de Estado ni al F.B.I. Los otros dos, Hady Hamid, arrogante en su uniforme, impecable, y Hassan Eddine, un tipo gordo y mal peinado, le escuchaban con atención.

—¿Es usted quien ayudó a Nadia Rankin a entrar en Amara? ¿A ella y al doctor Longley?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque me lo pidieron.

—¿Dónde está Nadia Rankin ahora?

—No lo sé.

—Bien, supongo que habrá hecho lo posible para escapar de Kerma. Y supongo también que lo habrá logrado o lo conseguirá. Usted debió hacer lo mismo, yanqui.

—¿Por qué? Ya le he explicado la razón de que yo esté aquí. También se lo expliqué al coronel Hamid en Shibwan.

Rushdi palmeó el hombro de Hassan Eddine. Este se puso firme, metiendo el estómago y sacando el pecho.

—¿Conoce usted a este hombre?

—No.

—¿Está seguro? ¿Niega haberle visto en Shibwan, entrando en casa del coronel Hamid?

—Nunca le vi antes de ahora.

—Y yo digo que usted estuvo espionando a estos dos amigos míos mientras trataban cierto asunto de vital importancia. Usted estuvo espíándoles, ¿no es cierto?

—No.

—Un americano típico, arrogante y estúpido. Aquí tenemos métodos infalibles para tratar a los entrometidos como usted, Berry. Me pregunto qué hacía usted realmente en casa del doctor Longley, pero supongo que si le pregunto solo recibiré como respuesta una sarta de embustes.

—Tal como se presentan las cosas, creo que será necesario que me ponga en contacto con el cónsul americano.

Rushdi ni siquiera pestañeó.

—Un espía profesional al servicio de una potencia extranjera no tiene derecho a reclamar la asistencia de su cónsul. Vamos que no tiene derecho a nada.

—¿Espionaje? Ustedes están soñando.

—Esa historia de llevar al doctor Longley de vuelta a los Estados Unidos es solo un pretexto. Usted estuvo en casa del coronel Hamid por otra razón. Actualmente corre un rumor por todo Amara. Se dice que alguien va a atentar contra la vida del rey Farid. El rumor ha partido de los amigos de Rankin, ese judío enemigo de nuestra causa. Queremos saber quién ha sido exactamente el que ha difundido este rumor. ¿Nadia? ¿Usted?

No tuvo tiempo de acabar su interrogatorio. Un soldado de uniforme verde hizo irrupción en la pieza gritando en árabe, gesticulando. Todos los rostros sin excepción se volvieron a él. Nombró al rey Farid.

Un pesado silencio cayó sobre la pieza.

—El rey Farid volvía a Suakine después de ser informado de la detención de ustedes tres. Una bomba ha explotado a bordo del avión real. En el aeropuerto, se ha hallado al asesino. Casi muerto, pero respiraba aún. Ha confesado que fue un inglés quien le sobornó. Ha dicho cómo se le había contratado y cuánto se le había pagado. El rey Farid ha muerto, y son ustedes quienes le han asesinado.

Hamid tenía en la mano una fusta. Adelantándose hacia el «G-man», levantó la mano y asestó un golpe con todas sus fuerzas al rostro de Dave. Este tuvo solo el tiempo justo para apartarse unas pulgadas.

El fustazo falló.

Dave, respondiendo a un elemental reflejo, disparó su puño y alcanzó de lleno el mentón del coronel.

Hamid rodó por el suelo, soltando la fusta.

—Puedes ustedes dejar a un lado esta comedia. Han ganado la partida.

Hamid llevó la mano a la cartuchera.

Rushdi le hizo un gesto que el otro obedeció al punto.

—Llévadle con Rankin y el doctor. Luego decidiremos lo que se va a hacer con ellos.

Hamid miró al prisionero con infinito odio.

La vida de aquellos tres hombres no valía un centavo.

—¿Duerme, Berry? —inquirió el doctor Longley.

—No.

—Pronto amanecerá. Las ejecuciones comenzarán dentro de una hora como máximo.

Los dos americanos estaban confinados en una húmeda celda subterránea, alfombrada de paja y de altísimo techo. Solo un ventanuco arrojaba sobre ellos un aire caliente, cargado, pese a la hora.

El general Rankin había sido encerrado en otra celda similar, incomunicado.

—No esperarán a que se haga de día, ya lo verá —continuó el médico—. La justicia de estos tipos es sumamente expeditiva. Quizá vengan por nosotros dentro de unos minutos.

No se equivocó.

Cinco minutos más tarde se escucharon pasos en el corredor. La puerta fue abierta con gran ruido de goznes y cerrojos. Un pelotón de soldados al mando de un sargento les hicieron señas de que salieran.

El patio de aquella especie de prisión medieval.

Una plataforma en la que se encontraban Rushdi, Hamid y Eddine. Gran número de soldados portadores de metralletas rodeando el patio enarenado. Al fondo, un pelotón de fusilamiento.

Dave y el doctor fueron maniatados y obligados a permanecer a un lado. En todo momento creyeron que iban a ser ellos los ejecutados. Hasta que se abrió una puerta de hierro en la muralla y apareció un nuevo grupo armado, en medio del cual caminaba George Rankin.

Él era el protagonista principal de aquella comedia.

Macabra comedia, desde luego.

Avanzó con paso decidido, fiero, orgulloso. Había que mirarle dos veces para darse cuenta que tenía las manos atadas a la espalda. Mantenía la cabeza alta y miraba recto delante de él.

Llegó al muro y dijo algo en voz apenas audible. El suboficial que mandaba el pelotón le desató los brazos y tendió un pañuelo negro. El general lo rechazó con un gesto. Siguió atentamente todo el desarrollo de la ejecución. Luego miró hacia el lugar donde se encontraban los dos americanos. Les dirigió un saludo con la mano.

Una salva de fusilería atronó el patio.

Rankin cayó al suelo bañado en sangre.

Yussef Rushdi llamaba a eso justicia militar.

Para Dave Berry, aquello era un asesinato puro y simple.

CAPÍTULO 4

E

El cónsul americano se llamaba Styles. Tenía los ojos azules, cara de muñeco y cabellos rubios cortados al cepillo. Lanzó a Dave una mirada desprovista de simpatía.

—Espero que no se empeñe en crearme problemas, Berry. He perdido ya un tiempo precioso tratando de dar con usted y con ese chiflado del doctor Longley. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí, ponerme en libertad.

—Haré lo posible, pero no será tan rápido como usted supone. ¿Sabe usted que se le considera un hombre peligroso?

—No lo pongo en duda. Tienen sus razones quienes me consideran peligroso.

—¿Qué quiere decir?

—Farid no ha sido asesinado por un pistolero a sueldo de George Rankin. Ha sido Rushdi, en complicidad con Hamid y un tal Eddine quienes han asesinado al rey. El doctor Longley lo sabe tan bien como yo. Luego, Rankin ha sido asesinado vilmente ante nuestros ojos.

El cónsul se humedeció los labios.

—¿Tiene usted pruebas de eso que afirma?

—Sí, pero necesito salir de aquí para probarlo.

Styles daba vueltas en la celda con aire de preocupación.

Se detuvo de pronto y preguntó:

—¿Puedo dar a Yussef Rushdi la palabra de honor del cónsul general de los Estados Unidos de que abandonará usted el país antes de veinticuatro horas después de su puesta en libertad?

—Claro. Ni el doctor Longley ni yo tenemos nada que hacer en Kerma después de todo lo ocurrido. Sin embargo, en cuanto a lo que hagamos o digamos una vez fuera del país...

—Suponiendo que consigan salir.

—No le entiendo.

—Trato simplemente de decirle que ambos se encuentran en una situación muy difícil. Si el doctor y usted se muestran un poco razonables, el cónsul general quizá consiguiera hacerles salir de aquí. Pero, si gracias a la intervención del cónsul, míster Warderley, ustedes

pueden salir de la prisión, será necesario que borren de sus mentes todo lo que hayan podido ver o escuchar. En caso contrario, mi superior se encontraría en una situación muy difícil.

—¿Cree usted que le expulsarían del país?

—Berry, ¿por qué la toma usted conmigo? Solo tratamos de ayudarle.

—Sí, lo sé. Pero escúcheme usted a mí, Styles: he visto morir a un hombre, a un héroe. El proceso que ha precedido a esta ejecución sería inconcebible en cualquier país. Ni siquiera le han permitido justificarse. Pero ha muerto como un hombre.

—De acuerdo.

Sus maneras habían cambiado. Styles se encontraba en un terreno familiar. Ahora habló con voz cortante, con autoridad:

—Ha pronunciado usted un bonito discurso. Ahora, permítame que yo responda con otro. Kerma es sinónimo de petróleo, Berry. En una palabra, el petróleo es el siglo Veinte. El rey Farid ha muerto. Lo lamentamos sinceramente, ya que era prooccidental. Esperamos que sus sucesores lo sean igualmente. En tal caso, continuaremos siendo amigos de este país. En cuando a George Rankin, tanto yo como todos los residentes americanos le respetábamos y le teníamos simpatía. Era un gran hombre, pero ahora está muerto. Está muerto, Berry, y todo lo que usted pueda hacer, dentro o fuera de Kerma, no le devolverá la vida. Por eso le ruego que olvide todo. Y crea que en este momento expreso el deseo más ferviente del cónsul general y de las autoridades americanas. Denos su palabra de honor, y haremos todo lo que esté de nuestra parte para sacarle de aquí. En caso contrario, no puedo prometerle nada.

—En caso contrario, me dejarán ustedes pudrir en esta prisión, y la Cruz Roja internacional me enviará paquetes una vez al mes, ¿no?

—No quiero entender lo que dice, Berry. Espero su respuesta. Eso es todo.

—«*Okay*», «*okay*», «*okay*»... Haré lo que sea con tal de salir de esta ratonera.

Styles sonrió complacido.

El típico funcionario saliendo airoso de la gestión confiada por su inmediato superior.

Dave estuvo a punto de escupir a sus pies.

★ ★ ★

A las siete de la tarde, el doctor Longley y Dave Berry fueron conducidos a una pieza más amplia, donde una mesa había sido

dispuesta para tres comensales. Eso significaba los tres medios panes de trigo candeal colocados encima.

—¿Cree usted que el cónsul general habrá conseguido algo positivo? Longley meneó la cabeza.

—Conozco a Warderley. Para él, hacer algo positivo significa pasarse una semana preguntándose cómo combinar las cosas para indisponerse con la menos gente posible. Y, luego, toma la mitad de las medidas aconsejables.

—Styles es diferente, ¿no?

—Más enérgico, quizá. Pero no se atrevería nunca a tomar una decisión por sí mismo.

Los dos hombres se sentaron a la mesa. Poco después, en medio de su asombro, dos servidores vestidos de algo que parecían enormes toallas de baño entraron llevando una caldera de la que salía vapor. La pusieron en el centro de la mesa y desaparecieron.

—Carne de venado —explicó el doctor—. Demasiado condimentado para mi gusto. Ese pote blanco es «yoghourt». Hum, aceitunas también. ¡Cuántas atenciones! ¿Quién nos hará el honor de compartir esta comida?

Como si respondiera a esta pregunta, Yussef Rushdi hizo su aparición por la misma puerta por dónde habían salido los servidores.

—«Mit allah wah salan», señores. Es decir, sean mil veces bienvenidos. Les ruego humildemente que me acompañen en mi solitaria cena. ¿Me harán ese favor?

Ni Dave ni su compañero pensaron ni un segundo en rechazar el ofrecimiento de Rushdi. Había mil razones. El árabe se sentó frente a ellos y comenzó sin más ceremonias a dar cuenta del venado, el arroz, el «yoghourt» y las aceitunas. Los dos americanos comieron con envidiable apetito.

Comían con los dedos, a la usanza árabe, a dos carrillos.

Rushdi terminó chupándose los dedos. Sus invitados le imitaron. Lo que en cualquier lugar de Occidente hubiera sido considerado una falta de urbanidad, en aquellas latitudes era signo de buena educación.

—Ustedes se preguntarán a qué se debe este cambio de actitud, ¿verdad? Habrán pensado en los buenos oficios de sus representantes consulares, pero se habrán dicho también que los resultados eran demasiado fulminantes. No, no se trata de la petición hecha por el cónsul americano. Es otra cosa. Tengo entendido, doctor Longley, que usted es una autoridad en su país, tanto en el terreno de la investigación como en cirugía. ¿Es así?

—Hum... así es.

—He oído hablar de las intervenciones hechas aquí. Sin ir más

lejos, la pierna herida de nuestro amigo Hamid. Fue un trabajo excelente, después de que uno de mis hombres le hirió equivocadamente.

—No entiendo adónde quiere usted ir a parar, Rushdi.

—Bien, doctor. Si usted quisiera hacernos el honor... hay una operación que usted podría efectuar.

El médico levantó una ceja sorprendido.

—No tengo aquí mi instrumental. Lo dejé en Shibwan.

—Esta operación se haría en la capital. En Suakine. Se le suministraría todo aquello que necesitara.

El doctor le miró cada vez más interesado.

—¿Qué ocurrirá después de esta operación?

—Si el resultado responde a nuestras esperanzas, ustedes dos serán libres. Claro que, naturalmente, teniendo en cuenta las circunstancias, les pediríamos abandonar el territorio de Kerma.

—¿Qué tipo de operación?

—Apendicitis. Un caso de urgencia, doctor. Extirpación de un apéndice.

El instinto profesional del doctor Longley le hizo saltar de la silla.

—Entonces, no hay un segundo que perder. ¿Qué esperamos?

Rushdi no se movió.

—Un medio de transporte. Pero siéntese. Entiendo que acepta encargarse de esta operación, ¿no es así?

—Claro. ¿Por qué no? Soy cirujano, y una vida está en juego.

Rushdi sonrió.

—La operación debe ser un éxito, doctor.

—Haré todo lo que esté de mi parte.

—Sin embargo, el paciente debe morir.

El doctor Longley estaba aún en pie. Su rostro se tomó del color de la púrpura.

—¡Usted ha perdido el juicio! Jamás me prestaré a algo parecido.

—Siempre la impetuosidad occidental —meneó la cabeza el árabe—. El enfermo está grave. Nuestros médicos de Suakine son más hábiles en diagnosticar que en operar. Si usted se niega a intervenirlo, morirá sin remedio. Si usted opera, también morirá. ¿Cuál es la diferencia?

—No quiero discutir la cuestión.

—Reflexione, doctor. Usted opera, intentando lo imposible y el paciente muere. Usted y su amigo salen del país enseguida, sin ser molestados. Usted se niega a operar, y el paciente muere igualmente. No veo ninguna diferencia.

—Usted, tal vez no, amigo. Yo si la veo. Presté un juramento

cuando abracé esta profesión. Juré...

—¡Juramentos...! Yo también he prestado muchos juramentos, doctor. ¿Sabe cuál fue el último? Juré que si usted se negaba a cumplir mi mandato, les haría matar a los dos como perros.

Un pesado silencio descendió sobre la pieza.

—¿Quieren ustedes una naranja, señores? En Kemar las naranjas son jugosas y deliciosas. Su carne tiene exactamente el color de la sangre.

—¿Quién es el paciente, Rushdi?

El árabe semejó no haber oído la pregunta. Comenzó a pelar una naranja con su cuchillo.

—«Inch' Allah», señores. ¿Creen ustedes en la fatalidad?

—Creo en el cónsul americano —repuso el hombre del F.B.I.—. Y pienso lo que dirá cuando le contemos la proposición que acaba de hacer al doctor Longley.

El rostro de Rushdi pareció ir a desencajarse por momentos. Con un increíble dominio de su voluntad consiguió sonreír, aunque la suya era una sonrisa fría, glacial.

—Veo que no se dan cuenta de su verdadera situación, amigos míos. Si no salgo totalmente satisfecho de esta entrevista, ni todos los cónsules del mundo conseguirán llegar hasta ustedes dos. Quiero que lo entiendan perfectamente.

—¿Quién es el paciente, Rushdi?

El árabe volvió sus ojos al doctor. Parecía haber recobrado su calma habitual.

—Antes les pregunté si creían en el destino. Yo sí creo.

—Mejor para usted. ¿Puedo saber de una vez quién es el paciente? ¿Hamid? ¿Eddine?

—Hubo una vez un hombre llamado Mahmoud, un libanés en quien mis amigos y yo pusimos todas nuestras esperanzas.

—¿El tipo que puso la bomba en el avión real?

—Exacto. Un dinamitero libanés que ya hizo varios trabajos en Siria y Jordania. Un experto en ingenios de relojería. Nada podía fallar. ¡Ah, el destino y sus misteriosos designios...!

—¿Quiere hablar más claro? ¿Se trata de ese Mahmoud?

—No. Mahmoud realizó su trabajo, cobró su dinero... Pero nunca podrá disfrutar de él. Los chacales del desierto habrán dado buena cuenta de su cadáver cosido a balazos.

—¿Quién diantres es el paciente?

—El avión real no explotó. Llegó a su destino. A Suakine. El destino del rey Farid no era morir en el atentado. El paciente es el rey Farid.

Los dos americanos se miraron en silencio, demasiado asombrados para poder hacer el menor comentario...

Un «DC-9» les llevó a la capital.

Dave y el doctor quedaron solos cuando Yussef Rushdi pasó a la cabina a conversar con los pilotos. El hombre del F.B.I. miraba a través de la ventanilla el cielo sin nubes, estrellado. Todo en silencio. Solo el rumor de los motores.

—¿Qué opina de todo esto, muchacho?

—Endiabladamente complicado, doctor. La bomba no ha explotado, pero el atentado ha hecho demasiado ruido para que el rey Farid se dé cuenta de que se ha atentado contra su vida. ¿Por qué no ha anunciado oficialmente que estaba vivo?

—Tiene miedo. No olvide que ha estado demasiado tiempo fuera de su país. No sabe realmente en quién debe confiar. Y esa crisis de apendicitis aguda viene a complicar más aún las cosas. Al menos, el rey tiene a su alrededor en el palacio real a esos gigantes...

—¿Qué gigantes?

—La Guardia Real. Claro que usted no está familiarizado con las cosas de este país. La Guardia Real está compuesta por unos quinientos individuos, todos de dos metros de altura. Igual que los Jenízaros del Antiguo Imperio Otomano, estos son huérfanos entrenados desde la infancia a servir a su soberano con un fanatismo ciego. Ellos rodean al rey igual que lebreles.

—Ahora lo entiendo. Un juego difícil el de este Rushdi. Primero anuncia prematuramente la muerte del rey. La bomba falla y el rey se entera de la noticia del atentado. Luego sobreviene la crisis de apendicitis. Farid se refugia en el seno de su fiel Guardia. Los gigantes celebran consejo y deciden llamarle a usted para intervenir quirúrgicamente a su soberano. No pueden entrar en contacto directo con usted, pero conocen a alguien que sí puede.

—Yussef Rushdi.

—Exacto. Rushdi no puede luchar contra quinientos gigantes armados hasta los dientes. Por eso quiere que usted entre en su juego. El hará lo imposible por salvar la vida de su rey, pero el rey morirá. ¿Qué opina de todo ello, doctor?

—Que la operación tendrá muchos espectadores interesados.

—El ansioso Rushdi.

—Y los no menos ansiosos gigantes de Suakine.

Quince minutos más tarde aterrizaban en la capital del reino de

Kerma. Fueron trasladados a palacio en un lujoso «Cadillac» en unión del jefe del Servicio de Seguridad del pequeño país.

CAPÍTULO 5

J

ABÓN y agua caliente. Lo más rápido posible —dijo el doctor Longley en un tono que no admitía réplica.

Su actitud había cambiado en el mismo instante en que el «G-man» y él entraron en la pequeña pieza contigua a la sala de operaciones. Habló en árabe con un hombrecillo de edad avanzada que no era otro que el médico real, el cual no hacía otra cosa que chasquear la lengua. No era necesario saber árabe para darse cuenta de que el rey, para él, estaba ya muerto y enterrado.

Todo el pesimismo del médico árabe se convertía en optimismo en el doctor Longley.

Miró a Dave.

—Dicen que la situación es desesperada. La temperatura ha subido hasta el límite. Hay la posibilidad de que el apéndice haya reventado. Voy a operar inmediatamente.

—Que Alá guíe su mano, doctor —dijo Rushdi.

—En otra época, la peritonitis tenía siempre un resultado fatal —explicó Longley mientras se ponía los guantes de goma desinfectados—. Pero, ahora, con la penicilina y todas esas drogas maravillosas, el panorama cambia. El viejo me ha dicho que hay penicilina aquí.

El problema médico absorbía completamente al doctor Longley ahora.

—¿Dónde está la enfermera? Tengo que verificar el instrumental.

La enfermera apareció.

El doctor Longley se puso a hablar con ella en árabe, y los dos desaparecieron a través de la puerta de batientes con dirección al quirófano. Rushdi trató de cortarles el paso, con la intención de hacer una última advertencia al médico americano.

Dos nuevos visitantes entraron en aquel momento, atrayendo automáticamente la atención de todos.

Uno era un gigante de dos metros que vestía un uniforme blanco con hombreras y botones dorados. El cinturón y las botas eran igualmente dorados. Hablaba un inglés imperfecto y su sonrisa mostraba unos dientes que eran como cubitos de hielo.

Dijo ser el comandante de la Guardia Real, y su nombre Omar.

Miró al hombre del F.B.I...

—¿Doctor Longley?

—No.

—¿Él, doctor?

—Sí.

—Yo, contento. Doctor debe salvar al rey. Si no, yo no contento. Americanos, «kaput». ¿Comprender?

No había que ser un lince para comprender lo que ya Dave suponía. La vida de ambos, de Longley y de él, estaba pendiente de un hilo finísimo. Los dientes parecidos a cubitos de hielo se mostraron en su totalidad.

—Yussef Rushdi vigila doctor. ¿Amigo doctor?

—No.

—Omar vigila Rushdi. Si necesitar, llamar Omar. ¿Comprender?

—Sí.

—Mí no gustar Rushdi.

Terminada su elemental disertación, el gigante uniformado de gala se colocó en un rincón de la salita, desde donde vigilaba el quirófano a través de una ventana rectangular. Los brazos cruzados, la mirada inescrutable. La imagen de un Hércules mitológico.

El otro visitante era un ser delicioso de largos cabellos castaños. Una aparición de «Las Mil y Una Noches». Llevaba un vestido de seda blanca y sandalias. Los ojos eran del mismo color que sus cabellos. El vestido de seda blanca modelaba perfectamente los senos, pero dejaba el resto de su cuerpo en una imprecisión encantadora.

—¿Es usted el doctor Longley?

Tenía una voz cálida, con inflexiones ligeramente roncas. Una voz que convenía del todo a su físico.

—No, el doctor está en el quirófano.

—Sé que no debería estar aquí, pero no pude resistir la espera. ¿Cómo se llama usted?

—Dave Berry.

—Yo soy la princesa Lahmia.

—¿La hija del rey Farid?

—No, míster Berry. He venido a Suakine a contraer matrimonio con el rey Farid. He venido de Jordania. ¿Está el rey en peligro de muerte?

—No lo sé.

—Y yo —dijo la princesa con voz apenas perceptible— no sé si pedir a Alá que le haga vivir o que le deje morir.

La manga del vestido cayó. Un brazo suave apareció y una mano

pequeña se posó sobre sus labios.

—No sé por qué he dicho eso. No quise decirlo. Quiero que viva, naturalmente. Vamos a casarnos. Un día, Kerma y Jordania no serán más que un solo reino. Nuestros hijos ocuparán importantes cargos en la fusión de los dos territorios. ¿Cómo... cómo es el rey Farid?

—¿El rey? ¿Usted no le conoce?

—Jamás le he visto.

—Tampoco yo.

—Se cuentan muchas cosas de él. Que es gordo y disipado. Que se emborracha cada noche. Que tiene costumbres que solo una esclava de todo su harén puede satisfacer...

Se ruborizó, bajando los ojos.

—Si vive, yo seré su esposa. No le conozco. Mi vida habrá acabado. Mi vida será su vida. Y jamás le he visto. ¿Ha estado usted en Suiza, míster Berry?

—No.

—Acabé mis estudios allí. En Montreux. No estuve más que dos años, pero aprendí francés e inglés. He visto cómo viven en Occidente. En su país, la chica más pobre puede escoger su marido. Pero aquí, siendo pariente del rey Hussein, emparentada con la dinastía hachemita... ¿Está usted casado?

—No.

—Tengo veinte años. El rey Farid tiene cincuenta.

—Princesa, está usted nerviosa.

Ella ensayó una sonrisa.

—Sí, tiene razón. Disculpe. En el patio de las mujeres de palacio he oído tantas cosas. Nunca tengo ocasión de hablar de ello. Quizá por eso me sinceré con usted. Pero no debo hablar de ello. ¿Me disculpará, míster Berry?

—No tengo nada que disculparle, princesa. Si me lo permite, le diré que es usted una muchacha deliciosa, encantadora.

Ella sonrió tristemente.

La enfermera pasó en aquel instante hacia el quirófano. Dave salió de su abstracción y captó de nuevo el ambiente, el drama que se desarrollaba cerca de allí. Siguió a la enfermera.

El quirófano.

La cabeza más baja que el resto del cuerpo, echado sobre la mesa de operaciones, el rey Farid permanecía inmóvil. El médico real hacía las veces de anestesta. Tenía en la mano un algodón impregnado en cloroformo. Miraba al doctor Longley a través de sus gafas de miope.

Longley manejaba un escalpelo tomado de la bandeja que sostenía la enfermera. Con precisión, dedos que no temblaban, hizo una línea de

ocho centímetros de largo en el abdomen del paciente.

Las pinzas.

Sus ojos estaban fijos en la incisión que acaba de hacer. No miraba a Rushdi, el cual no perdía uno de sus gestos, en pie al extremo opuesto de la mesa operatoria. Todos ellos, facultativos y testigos, tapaban sus rostros con las mascarillas reglamentarias.

La muerte flotaba en la sala.

Con gesto seguro, el cirujano acababa de hacer aparecer la pared del peritoneo. Inmóvil el escalpelo, esperó un segundo demasiado largo. Unas líneas rojas irradiaban a partir de un punto del peritoneo. No era preciso ser doctor para darse cuenta de que el envenenamiento de la sangre había comenzado.

Los ojos de Rushdi y el médico americano coincidieron un segundo.

El bisturí del operador hizo una incisión en el peritoneo. El médico del rey gimíó calladamente, como si la hoja hubiera penetrado en su propia carne.

Dave observó los dedos de Longley.

No dejaban de moverse con una habilidad consumada.

De ellos dependía la vida del rey Farid... y otras cuantas vidas.

El médico real dijo algunas palabras en árabe. Longley dio la impresión de no haberle entendido. El árabe repitió las mismas palabras. Su tono era suplicante.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo del rey.

—¡Adminístrele cloroformo, diablos! —masculló Longley.

El otro miró el frasco de cloroformo, el algodón impregnado... Meneó la cabeza.

—No, «effendi».

El hombre del F.B.I. tuvo un súbito presentimiento. Rushdi podía tener un aliado en la operación. El médico real, además de anestesista, podía ser un aliado de Rushdi. Él era una pieza clave en todo aquello, dada la importancia de su asistencia.

Administrar demasiado o no lo suficiente.

Tanto daba una cosa como otra.

Ambas eran mortales para el paciente: morir envenenado o despertar y morir del «shock» operatorio.

—¡Dele cloroformo! —masculló nuevamente Longley.

El otro no se movió una sola pulgada de cómo estaba.

El hombre del F.B.I. dio un salto hacia él, agarrándole del brazo con dedos de hierro. Al mismo tiempo, el rey comenzó a gemir calladamente.

—¿Quiere que le haga beberse todo ese frasco de cloroformo,

amigo? —amenazó con voz ronca Dave—. Haga lo que le dice el doctor, o le juro que...

El otro se asustó. Comenzó a moverse dispuesto a cumplir con su cometido. Aplicó la dosis justa al paciente. Luego, se mantuvo a la expectativa, siempre vigilado por Dave.

Un cuarto de hora más tarde, el doctor Longley exhibía un saquito rojo del tamaño de un higo. Luego, inclinó la cabeza y continuó su tarea.

Al otro extremo de la mesa de operaciones se oyó la voz de Yussef Rushdi, velada por la mascarilla.

—La enfermera no habla inglés. Solo es capaz de entender las órdenes que usted le da sobre el instrumental. En estos momentos no entiende lo que digo. Habrá usted comprendido, doctor, que el médico real está persuadido, igual que yo, de que el rey Farid no está en condiciones de seguir prestando servicios al país. Es una verdadera lástima que no haya permitido al médico real hacer su trabajo en lugar de usted. Todo habría terminado ya. Dígame, ¿vivirá?

—Hay una posibilidad.

—No quiero que le dé usted esa oportunidad, doctor.

Longley no respondió nada. Intentaba ensartar un cordón negro a una aguja.

—No será necesaria la aguja, doctor. El bisturí será suficiente.

Longley dio la primera puntada en la pared abdominal.

—Su comportamiento es ridículo, doctor —siguió diciendo Rushdi—. Admitamos que tenga éxito. ¿Sabe qué pasará? Ninguno de ustedes dos saldrá vivo del país. Le doy mi palabra de honor de que será así.

Longley dio una segunda puntada.

—Suponiendo que ustedes dos escapen, ¿qué pasará con el paciente? Quedará en manos del médico real.

Longley dio la tercera puntada.

—Escoja, doctor. La muerte, o la vida y la libertad para ambos. De cualquier modo, el rey está sentenciado. No tiene usted un segundo que perder. El bisturí, doctor.

Cuando Longley acabó de dar la cuarta puntada, Rushdi ladró una orden a la enfermera. Esta lanzó una mirada al médico real, que bajó la cabeza. La enfermera salió por la puerta de batientes.

—Ya no hay testigos, si es eso lo que le preocupaba, doctor. Un falso movimiento con el bisturí, un informe del médico real para el país, otro formulado por usted y su amigo Dave Berry para el mundo exterior... y será el retorno de ustedes dos al hogar.

Pero el doctor Longley siguió cosiendo imperturbable.

Rushdi se veía obligado a tomar la iniciativa, a hacer algo. A todos

ellos los habían registrado los guardias reales antes de entrar en las dependencias de la enfermería. No había una sola arma en el quirófano.

Sin embargo, Rushdi hizo un gesto con la cabeza.

Dave comprendió rápidamente lo que sucedía. El médico real no había sido registrado, lógicamente. Y cuando se volvió hacia él, le vio empuñando una pequeña automática de cañón pavonado, un calibre no mayor de un 28.

Nadie podía ver el arma desde fuera.

—¿Están ustedes locos, Rushdi?

—Les diré lo que pasará. El doctor odia al rey desde que su amigo George Rankin fue fusilado. Acaba de sepultar su bisturí en el corazón de su paciente. El médico real se ve obligado a disparar sobre él, y luego sobre usted para evitar que salte contra él. Todo demasiado rápido para que los de fuera puedan darse cuenta de lo que sucede realmente.

—Es usted un chacal, Rushdi.

—El orden de los acontecimientos no será exactamente ese. Ustedes dos morirán antes de que el bisturí se clave en el cuerpo del rey, pero eso no lo sabrá nadie salvo nosotros. ¿Quién dudará de nuestra palabra? La conciencia de todos está cargada de resentimiento contra todo lo que huela a judío. Solo tendremos que decir que también ustedes tenían que ver con los enemigos del gran pueblo árabe.

—Lo tenía todo muy bien combinado, ¿eh, Rushdi?

—Vamos, decídase, doctor.

Por toda respuesta, el doctor Longley acabó de dar un nuevo punto de sutura.

Al mismo tiempo, el hombre del F.B.I. se abalanzó hacia el médico del rey. Este no tuvo tiempo de hacer fuego. Dave cogió el frasco de cloroformo y lo estrelló contra su cabeza.

El árabe dio un grito. El cristal voló en pedazos. El líquido se derramó. El arma cayó a tierra. Y Rushdi y el federal se precipitaron al mismo tiempo hacia la pistola.

Fue entonces cuando Omar surgió de la puerta de batientes.

Como Gulliver en Lilibut.

Atrapó a Yussef Rushdi por el cuello y lo zarandeó como su fuera un arbolillo. Le habló largamente en árabe. Apretaba de tal modo que el rostro de Rushdi se tornaba púrpura y sus ojos parecían querer salirse de las órbitas. Finalmente le empujó hacia un rincón, donde el otro se quedó muy quieto.

Omar se volvió hacia el hombre del F.B.I. Alargó la mano y pidió la pistola con un mudo gesto. Ahora no sonreía en absoluto.

Dave entregó la pistola sin rechistar.

Longley seguía cosiendo.

El médico real se restañaba la sangre con el dorso de la mano. Comenzó a parlotear en árabe, gimiendo y babeando. Omar le escuchaba estólido, sin mirarle.

—El viejo le cuenta al gigante que usted trató de matar al rey mientras yo le operaba. Dice que ambos somos judíos o partidarios de los sionistas y que estamos aquí para acabar con la monarquía de Kerma.

—Dígale que es mentira. Que todos nosotros fuimos registrados antes de entrar en el palacio. Cuéntele lo que esta gentuza le propuso antes de acudir a Suakine a operar al rey. Explíquele que el bisturí hubiera bastado para matar a su rey.

El doctor Longley comenzó a hablar en árabe, acabando al mismo tiempo de coser a su paciente. El médico real le cortaba con exclamaciones apasionadas a cada segundo. Rushdi permanecía en silencio. También Dave.

—He hecho todo lo posible, Berry. Me refiero a mi paciente, naturalmente. Le he puesto dos millones de unidades de penicilina. Confío en que nuestro amigo Farid continuará de la mano de la suerte. La temperatura es aún elevada y el pulso débil.

—¿Cuántas posibilidades, doctor?

—Cincuenta por ciento.

—¿Qué hay del gigante?

—Permanece impenetrable, ya lo ve.

Dos enfermeras vistiendo blancos batines entraron con una camilla sobre ruedas para llevarse a su soberano. Dos guardias reales hicieron también su aparición, pero se quedaron retrasados, como esperando órdenes de su comandante.

Omar dijo algo en árabe. Luego hizo la traducción al inglés:

—Todos fuera.

Yussef Rushdi salió delante, seguido del médico real, el doctor Longley y el hombre del F.B.I. Cerraban la marcha el gigantesco Omar y los no menos gigantescos guardias reales. En la salida contigua fueron detenidos por la bella princesa Lahmia.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —inquirió, mirando a Dave.

—El rey tiene aún esperanzas de salir con bien.

—No me refería a la operación.

Dave miró de hito en hito a todos los presentes. La joven princesa no deseaba, por lo visto, escuchar otra versión de lo ocurrido que no viniera de los labios del joven americano.

El hombre del F.B.I. contó lo sucedido brevemente.

—Supongo que el comandante de la Guardia Real dudará entre creer mi versión y la del médico del rey —terminó diciendo.

—¿Qué pasará si Omar cree en el médico real? —inquirió ella.

—El rey Farid quedará en sus manos.

Rushdi y Omar hablaban algo separados del resto. La princesa Lahmia se les acercó, llamó al gigante vestido de blanco y oro. Este se cuadró ante ella. Era obvio que ya la consideraba como su futura soberana.

—Llevo en mis venas sangre de los Hussein. Sé dónde está mi deber —dijo, volviéndose al «G-man».

Estaba en pie delante de Omar. Le habló suavemente. El gigante se inclinó. Después de todo, si el rey Farid vivía, ella sería su reina. El federal no entendía una palabra de cuando allí se decía.

Omar entregó la pistola arrebatada en el quirófano a la princesa.

Nadie se movió.

Lahmia giró sobre sus talones y dirigió sus ojos en busca del viejo médico real. Este tenía el aspecto de un hombre que ha perdido algo y que se esfuerza desesperadamente en encontrarlo.

Miró en dirección a Rushdi, pero el jefe de la Seguridad levantó imperceptiblemente los hombros y las cejas. No le interesaba en absoluto lo que fuera de su cómplice. En cierto modo, le venía bien desembarazarse de él.

Lahmia tendió el brazo armado hacia el viejo.

Oprimió el gatillo varias veces.

El primer proyectil hizo volar en pedazos las gafas del miope. Vaciló. El segundo proyectil le abrió un agujerito rojinegro en mitad de la frente. Se estremeció. Estaba muerto cuando cayó sobre el piso.

Pero la princesa siguió apretando el gatillo hasta que los clics advirtieron que el cargador estaba vacío.

Se volvió hacia los dos americanos.

Longley miraba fijamente el cadáver del viejo.

—Ahora será preciso que yo permanezca en el palacio hasta que el rey se reponga... suponiendo que salga del período postoperatorio.

—Un médico jordano me acompañó desde Amman con mi comitiva —explicó la princesa—. El cuidará al rey, puesto que es de toda mi confianza. En cuanto a mí, mientras el rey no se reponga, creo que mi presencia en Suakine es superflua. Deseo trasladarme a Jordania y pasar con mi familia unos días. Me agradecería mucho que ustedes dos me acompañaran, puesto que mi médico se queda aquí. ¿Me harán ese honor?

Longley y el «G-man» cambiaron una mirada.

—¿Nosotros, princesa?

—Claro que ustedes. Viajarán conmigo, lo cual es tanto como decir que lo harán en completa seguridad. Saldremos al amanecer. Una vez

en territorio jordano, nada ni nadie les impedirá tomar un avión y regresar a Washington. ¿Qué responden?

Los dos hombres sonreían.

—Encantados de viajar en tan deliciosa compañía, princesa.

Ella sonrió y comenzó a hablar de los preparativos con Omar.

Yussef Rushdi se acercó a los dos hombres. En su rostro podía leerse toda la cólera que la decisión de la princesa le había causado.

—Las cosas no salieron a la medida de sus deseos, ¿verdad, amigo?

—Si tal fue la decisión de Alá, yo no puedo hacer otra cosa que doblegarme a sus designios. Pero quizá algún día ustedes y yo volvamos a encontrarnos. En otras circunstancias bien distintas.

—Quizá, si piensa hacer un viaje a Washington, amigo.

—Lo recordaré.

Rushdi salió de la salita hacia el pasillo.

CAPÍTULO 6

W

ASHINGTON.

Habían pasado algunas semanas. En el piso quinto del edificio del Departamento de Justicia, en el despacho del jefe de Coordinación Julius Braverman, este y el agente especial adscrito a la División de Seguridad Nacional charlaban amistosamente.

—¿Qué pasó después de que saliéramos del palacio real de Suakine, señor?

Era una de esas tardes brumosas de Washington en que la ciudad parece bañada por una luz irreal. Delante de ellos, en una mesita baja, unos periódicos y revistas en los que era nota importante el desarrollo de los acontecimientos bélicos en Oriente Medio. Pero aquello parecía muy lejano a ocho mil kilómetros de distancia.

—El rey Farid se pasea por su palacio en una silla de ruedas, convaleciendo de su operación. Se espera que esté bien del todo en una semana o dos.

—¿Qué se sabe de Yussef Rushdi, de Hady Hamid y de Hassan Eddine?

—Por el momento, estos tres individuos no parecen inquietar en absoluto al monarca árabe. Ahora que el general George Rankin ha muerto, la Legión de Kerma se ha quedado sin jefe. El coronel Hamid era muy popular entre sus soldados, así que el rey le ascendió a general y le confió el mando de sus legionarios.

—Vaya. ¿Y en cuanto a los otros dos?

—El jefe de la Seguridad es prácticamente intocable, por las mismas razones que el ahora general Hamid. Y Hassan Eddine ha tenido la habilidad de pegarse como una lapa a ellos. No ha habido derramamiento de sangre en Kerma, excepción hecha de Rankin y ese médico árabe de quien usted habló.

—Bonita solución, señor.

—En política no siempre se tira por la calle de en medio, muchacho. Los hombres que dirigen los destinos de un pueblo, aunque sean tan poco importante como el reino de Kerma, no siempre hacen lo que más les conviene personalmente. A veces juegan mucho las

circunstancias. Ningún gobernante árabe está tan seguro en su puesto que no piense dos veces en la reacción popular antes de tomar una decisión. En este caso, Farid ha preferido mantenerse en guardia y no perder de vista a esos tres hombres antes de eliminarlos.

—Entiendo, señor.

—En cierto modo, Farid ha conseguido desembarazarse de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Esos tres hombres están viajando camino de Washington.

El «G-man» miró asombrado a su superior.

—¿Qué vienen a Washington, señor?

—Sí.

—¿Qué vienen a hacer aquí?

—Farid ha querido darse cuenta si podía volar con sus propias alas. Claro que la razón oficial es la AAPSD. La Asociación de Ayuda a los Países Subdesarrollados.

—Entiendo. Vienen a Washington para solicitar la concesión de un empréstito a su Gobierno. Pero, ¿dice que vienen los tres, señor?

—Ni uno solo se ha quedado allí. Yussef Rushdi dirige la delegación. Hassan Eddine es su adjunto encargado de las relaciones públicas. En cuando a Hady Hamid, con su perfecto conocimiento del inglés, ha sido designado para venir también.

—Usted sabe que esos tres individuos tienen su ficha correspondiente en la central de la C. I. A., aquí en Washington. Recuerdo que nos pusimos en contacto con nuestros colegas a mi llegada.

—Sí, muchacho, no me olvido de ellos. Tres tipos que han hecho diversos cursos de entrenamiento militar, estratégico y quién sabe de qué otro tipo en Moscú y Pekín. Pero eso es muy normal tratándose de países alineados en el llamado Tercer Mundo. No se inclinan a favor de ningún bloque y sus dirigentes van de un lado para otro como si estuvieran en su casa.

—Solo que esos tres individuos trataron de derrocar su régimen para tomar las riendas del poder y entonces inclinarse decididamente hacia el bloque comunista. Tenemos precedentes en otros países árabes, señor. ¿Quiere que le dé la lista?

—No es necesario, muchacho. Me la sé de memoria, igual que usted.

—¿Y vamos a dejar entrar en nuestro país a esos tres tipos, señor?

—No tenemos otro remedio. Ellos no son enemigos declarados de los Estados Unidos. ¿Se imagina el revuelo diplomático que se levantaría si negáramos la entrada a tres representantes de un pueblo amigo? Nos interesa mantener buenas relaciones con Kerma...

—Sí, eso ya lo sé. Nuestro cónsul me lo explicó muy claramente cuando me visitó en la prisión. Todo eso del petróleo y los intereses de las compañías petrolíferas americanas.

—Sí.

—De cualquier modo, Rushdi y sus amigos se llevarían una sorpresa si me encontraran durante su estancia en los Estados Unidos. ¿Qué dirían si se toparan con un agente del Gobierno americano? Seguro que su actitud no sería tan arrogante como allí.

—Dejemos eso a un lado, muchacho. Hay otra cosa que nos preocupa.

—Dígame, señor.

—Nadia Rankin.

—¿Se refiere a la hija del general George Rankin?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

—Esa muchacha está aquí, en Washington. Llegó en avión esta mañana, procedente de Londres. Y no se ha contentado con llegar, no. Ha hecho declaraciones a la Prensa en el sentido de que entrará en contacto con el doctor Longley, y que los dos juntos declararán ante la Asociación para que nieguen la subvención a Kerma. Los periodistas están la mar de contentos. No en vano la noticia de la ejecución del general dio la vuelta al mundo.

Dave dio un brinco y se puso en pie. Se puso a recorrer el despacho de una punta a otra.

—¿Qué le pasa, muchacho?

—Esa muchacha va a hacer una tontería. Y va a empujar al doctor Longley a apoyarla. El doctor no dudará en hacerlo por amistad y por el recuerdo de su amigo asesinado. Pero, para conseguir que la Asociación niegue la subvención a Kerma, tendrán que desenmascarar a Rushdi, revelar el complot contra el rey, a bordo del avión y en la sala de operaciones. Y hay que pensar que Rushdi no va a permanecer de brazos cruzados mientras ellos se mueven a su alrededor buscándole las cosquillas.

—Eso es justamente lo que hemos pensado míster Hoover y yo, Berry. De acuerdo con el informe que usted nos pasó de su estancia en ese país, hemos sacado la conclusión de que Yussef Rushdi y sus amigos no son meros aficionados a la hora de liquidar a alguien. Lo peor que les puede ocurrir es que se les retire su inmunidad diplomática. Ya ve que no tienen nada que perder. Pero el F.B.I. no desea que se libere un tiroteo en las calles de Washington.

—Entiendo, señor. ¿Qué desea exactamente el F.B.I.?

—Usted conoce como nadie las circunstancias que rodean este

desagradable asunto, así como a sus más directos protagonistas. No queremos altercados diplomáticos o políticos con esos árabes, pero tampoco deseamos que una muchacha alocada y un médico insustituible en los laboratorios del Gobierno acaben tirados en una zanja con el cuerpo acribillado a balazos, como en la época de Al Capone.

—Tampoco a mí me gustaría que eso ocurriera.

—Póngase en contacto con Nadie Rankin, muchacho. Hable con ella y, si quiere hacer las cosas mejor, entrevístese también con el doctor Longley. Exponga su punto de vista, que es el mismo de todos nosotros. Hágales entender que sería una estupidez seguir adelante con sus planes. Si es necesario, póngase en contacto conmigo. Le prestaremos toda la ayuda necesaria, como es habitual.

—Sí, señor.

—Dígame, Berry, ¿es Rushdi tan despiadado como decía usted en su informe?

—Creo que me quedé corto, señor.

—Es posible que al final de todo esto se vea enfrentado a él. Nunca sabemos qué bromas nos reserva el destino. Ese tipo no se detendría por el mero hecho de que usted, su odiado enemigo, portara una credencial del F.B.I en su bolsillo. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Claro, señor.

—Tenga mucho cuidado, Berry.

—Sí, señor. Gracias, señor.

El jefe Braverman tenía razón al aconsejarle prudencia. Con Yussef Rushdi solo se podía ser prudente o cadáver.

★ ★ ★

Sin perder un minuto, el «G-man» trató de localizar al doctor Longley.

Frank Longley era jefe de los laboratorios de la Naval Research, en Bellevue, a orillas del río Potomac, un centro de investigaciones dependiente del Pentágono, considerado como de la mayor importancia dentro del Ejército y la Armada.

Le respondieron que se encontraba ausente, que no volvería antes de la tarde del siguiente día.

Pasó asimismo instrucciones de que localizaran el paradero de Nadia Rankin.

En su apartamento, mientras esperaba que le comunicaran lo que le interesaba, Dave se sentó delante de la televisión con un «sándwich» y una cerveza recién sacada del frigorífico. En la pantalla se perfilaba la

silueta del avión de la delegación de Kerma, posado sobre la pista de aterrizaje del Washington National Airport.

Las cámaras y los reporteros se dedicaban al hombre que encabezaba el grupo, pero así y todo pudo ver a los acompañantes. Ocho o diez tipos que debían servir a Yussef Rushdi de secretarios aparentemente. No había necesidad de mirar dos veces para darse cuenta de que estaban más habituados a manejar la metralleta que el bolígrafo.

Dave pasó una buena hora engrasando su «Magnum» calibre .38.

★ ★ ★

Al día siguiente por la mañana volvió a la oficina. Habían batido todos los récords, pues pudieron comunicarle que Nadia Rankin se hospedaba en el hotel Sheraton.

—¿Algo más? —preguntó al federal que se encargó de hacer la pesquisa.

—Nada importante. Solo curioso.

—¿Qué es?

—Me dijeron en el aeropuerto que la chica tenía aspecto de haber bebido demasiado. Ya sabes, voz estrepitosa y vacilación al caminar.

—¿Borracha?

—Bueno, no tanto. No es exactamente lo que me dijo la azafata.

—Entiendo.

Cogió el teléfono y marcó el número del hotel Sheraton.

—Lo lamento, señor. No tenemos ningún huésped que responda al nombre de Nadia Rankin.

El agente federal sonrió. La chica no podía haber dado un nombre falso, ya que la confrontación con sus documentos personales descubrirían el hecho. Pero sí podía haber argumentado que no deseaba recibir visitas ni llamadas telefónicas. Esto, unido a una buena propina, podía dar aquel resultado.

—¿Quién es el detective del hotel, señorita?

—El sargento O'Brian.

—¿Pat O'Brian?

—Sí.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa. ¿Quiere ponerme con él?

—Con mucho gusto, señor.

El sargento O'Brian se mostró más comprensivo que la encargada de la centralita telefónica.

—El F.B.I. se preocupa por esa muchacha, Berry? ¿Qué es lo que pasa con ella? Tienes que contarme todo lo que haya, ¿entendido? No

me gusta hacer el ridículo ni pasar por idiota.

—Frena, O'Brian. Soy yo quien se interesa por ella. A título particular, ¿comprendes? Si hubiera algo, tú serías el primero en enterarte, hombre. Ahora, ¿tienes inconveniente en decirme cuál es su habitación?

—¿Le puse cortapisas alguna vez al F.B.I., muchacho? La chica ocupa la quinientos ocho, en la planta quinta.

—Gracias, O'Brian.

—A mandar, Berry.

Un minuto después tenía a la muchacha al otro lado del hilo telefónico.

—Soy Dave Berry. ¿Se acuerda de mí, *miss* Rankin?

—¿Qué si me acuerdo de usted? Pues claro que me acuerdo. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Tenía una voz extraña. Como si le fuera difícil despegar la lengua del paladar. Dave recordó lo que su compañero le había dicho respecto a la observación de la azafata. No era buena cosa que Nadia se hubiera dado a la bebida, pero en cierto modo la comprendía. Lo que habían hecho con su padre en Kerma era algo que necesitaba muchos litros de licor para ser digerido.

—¿Puedo verla?

—¿Para qué?

—Digamos que para saludarla.

—¿Qué más?

—Hum... ¿Cuándo piensa hacer su declaración ante la AAPSD?

La pregunta pareció turbarla.

—¿Cómo sabe usted que tengo la intención de declarar ante la comisión?

Dave le explicó cómo había llegado a su conocimiento.

—La encuesta comenzará el próximo miércoles. Creo que iré el viernes o bien lo dejaré para el lunes siguiente. Ya sabe, el fin de semana...

—¿Podría verla esta tarde?

Hubo un silencio no demasiado largo.

—Usted les vio asesinar a mi padre, Dave.

—Sí.

Hubo una segunda pausa, esta vez más prolongada.

—Le espero esta tarde, Dave. ¿Le viene bien a las siete?

—Correcto.

Oyó el clic del auricular al otro lado y colgó a su vez. Nadia parecía haber recobrado su equilibrio emocional. Las últimas palabras las había pronunciado en un tono sereno, casi glacial, exento totalmente de

whisky.

Dave estuvo algún tiempo pensando en aquella muchacha. La imaginó en el instante en que abandonaba la casa de Amara, cuando se despidió de su padre para no volverle a ver más. Notó algo muy molesto en la garganta, algo que le impedía tragar saliva.

Buscó en la guía telefónica el número de la AAPSD.

—Buenos días, ¿qué desea? AAPSD al habla.

Una voz gangosa y sin inflexiones, como de una persona que acostumbra a repetir lo mismo cientos de veces al día.

—Desearía hablar con la persona encargada de...

—Le paso con míster Stoneman. No se retire.

Inútil argumentar con operadoras de ideas fijas y mente rutinaria.

La voz que se puso ahora era gruesa, áspera como el papel de lija raspando una superficie rugosa.

—Michael Stoneman. ¿Quién es?

—Dave Berry, del F.B.I.

—¿F.B.I.? ¿Ocurre algo, míster Berry?

—Nada que deba preocuparle, míster Stoneman. Entiendo que usted es la persona encargada de presidir la comisión para la concesión de empréstitos a ciertos países subdesarrollados.

—Soy el presidente de la AAPSD, sí.

—El próximo miércoles...

—Entiendo. Usted se interesa por la comisión que investiga el caso de Kerma, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Tiene usted alguna declaración que hacer en contra, míster Berry? Le prevengo que, si es así, deberá acudir personalmente acompañando su alegato con pruebas. Ya hemos sido informados respecto a ciertas mociones de censura que serán presentadas en este caso. Le advierto que estudiamos todos los casos que se nos presentan con absoluta objetividad. No queremos dejarnos influir por sentimientos de amistad o familiares que puedan arrojar alguna sombra sobre las reales intenciones de nuestros aliados extranjeros.

Aquel hombre no tenía ninguna intención de escuchar a su interlocutor. Tenía muchas cosas que decir, y estaba dispuesto a soltarlas todas mientras tuviera oportunidad.

—Míster Stoneman... ¿me permite que le interrumpa un momento?

—Sí, sí, claro... Dígame.

—Yo no tengo ninguna intención de declarar ni en favor ni en contra de Kerma. Pero hay dos personas que seguramente lo harán. Solo quiero saber qué medidas de seguridad adoptarán ustedes en torno a estas dos personas hasta el final de la encuesta.

—¿Medidas de seguridad?

—Eso es.

—Míster Berry, no sé a qué se refiere. Todo eso es muy melodramático. El cónsul general míster Warderley y su adjunto míster Styles nos han informado detalladamente al respecto. El Gobierno de Kerma está compuesto de gente respetable y bien equilibrada. Eso que usted insinúa me recuerda esas películas que vemos en la televisión... Ustedes ven espías y gentes de esa en todas partes. Le aseguro que...

—Entiendo, míster Stoneman. No quiero cansarle más.

—Encantado de hablar con usted.

—Lo mismo digo.

El «G-man» colgó el auricular y se puso a pensar, frunciendo el ceño. Siempre la misma estúpida burocracia dominándolo todo. Y detrás de aquel telón de rutina e irresponsabilidad estaban los intereses petrolíferos de la «Texaco», la «Mobil-oil», la «Esso», la «Amrac», influyendo cerca de la AAPSD para que sus amigos árabes no quedaran defraudados.

Siempre era igual.

★ ★ ★

El teléfono volvió a sonar poco rato después. Aún estaba caliente la baquelita cuando Dave se lo llevó a la oreja.

—¿Berry?

—Sí.

—Le llaman desde Baltimore. No se retire.

Segundos más tarde, la voz inconfundible del doctor Frank Longley resonó al final del hilo telefónico. Dave sintió una extraña alegría al escucharle.

—Me han dicho que usted me llamó al laboratorio.

—Así es, doctor. Quisiera hablar con usted en cuanto le sea posible que concertemos una cita.

—¿Algo grave?

—No es nada grave, pero sí urgente.

—Supongo que tendrá que ver con la llegada de esos tipos de Kerma, la solicitud a la AAPSD y todo eso.

—Sí.

—No debe preocuparse en absoluto, Berry. Aquí no estamos en un país incontrolado. Usted debería ser más optimista que nadie, puesto que forma parte integrante de nuestras fuerzas de seguridad. Pero, en fin, no divaguemos. Me encuentro pasando unos días con mi hermano, en su casa de Baltimore. Pensaba salir hacia Washington dentro de una

hora. Podemos encontrarnos en mi oficina de la Naval Research Laboratory, en Bellevue. Calcule a las seis o seis y media. Todo dependerá del tráfico por la carretera.

—«*Okay*», doctor.

—Hasta entonces, Berry. Tendré sumo gusto en charlar con usted de muchas cosas.

—Hasta luego, doctor.

Dave colgó nuevamente el aparato. Dos citas importantes y casi a la misma hora: el doctor Longley y Nadia Rankin. Tendría que usar toda su habilidad para convencerles de lo que era mejor para ellos con respecto a los propósitos de Rushdi y sus amigos.

CAPÍTULO 7

L

AS instalaciones del Naval Research Laboratory ocupaban un gran espacio en Bellevue, a orillas del río Potomac, bordeado por la ancha South Capítol Street y la carretera interestatal Doscientos Noventa y Cinco.

Cuando Dave preguntó por la oficina del doctor Longley, un joven de gafas que parecía ser uno de sus ayudantes le dijo que Longley había llamado y que le rogaba le esperase en su casa.

Un pabellón pequeño y confortable dentro del recinto de laboratorios.

Allí era donde vivía el doctor, a unas trescientas yardas de su lugar de trabajo. Dave pensó que sus investigaciones debían ser muy importantes y su personalidad muy acusada cuando el Pentágono le hacía vivir tan cerca. No pudo menos que pensar en la falta de responsabilidad del doctor quedándose tranquilamente en Kerma curando enfermos.

Una camarera le abrió la puerta.

Le hizo pasar a un saloncito provisto de pesados sillones de cuero y muros recubiertos de libros. Un bar entronado en un rincón. Dave fue allá y se preparó un «high-ball».

A las seis y media comenzó a agitarse.

A las siete, la inquietud resurgió.

A las siete y cuarto decidió llamar a Nadia al «Sheraton», pero justamente entonces el teléfono sonó. Aguardó un poco antes de descolgarlo, diciéndose que debía haber otro receptor en la casa. Sin embargo, siguiendo un reflejo, cuando el timbre cesó, descolgó igualmente.

Escuchó la voz de la camarera:

—El domicilio del doctor Longley, sí.

—¿Lucy? Soy Ronald, el chófer del doctor.

—Está bien, Ronald, ya sé que eres tú. La cena está esperando y el asado está en el horno. ¿Qué ocurre? Ya deberíais...

—Estoy llamando desde el hospital de Laurel —dijo con voz vacilante—. Se ha producido un terrible accidente.

Los dedos del «G-man» se crisparon en el auricular.

—¡Dios mío, Ronald! ¡No me asustes! ¿Qué ha ocurrido?

—Espantoso, Lucy... Un encontronazo con un camión cisterna...
Un verdadero milagro que hayamos salido vivos del trance.

—¿El doctor Longley...?

—Yo iba al volante, como es lógico. Íbamos a buena velocidad, desde luego. Nunca me... El coche no podía girar... Al mismo tiempo, yo... bien, escuché que el doctor me gritaba «el camión», pero, ¿qué podía yo hacer sí...?

—Cálmate, Ronald. Estás nervioso. ¿Cómo se encuentra el doctor?

—Oh, el doctor, sí... Dicen los médicos que no pasará de esta noche.

—¡Dios mío!

—Lucy, es preciso...

—Escucha, Ronald: ha venido a verle un agente especial del F.B.I...

Sonó la voz de Dave:

—Estoy aquí.

—¿Mister Berry? —dijo entonces el chófer—. El doctor Longley pregunta por usted. Sería conveniente que saliera usted inmediatamente para acá. Hospital de Laurel, a medio camino hacia Baltimore.

—Saldré inmediatamente.

★ ★ ★

El hermano del doctor Longley había sido llamado también. Se llamaba Sean Longley y era el prototipo del campesino americano. Hablaba con Ronald, que había salido con dos costillas y un brazo dañados; llevaba el miembro en cabestrillo, pero no le habían escayolado.

Ronald llevaba un camisón de hospital.

—El coche no pudo girar —murmuraba.

—No fue culpa tuya, Ronald, lo sé. Mi hermano lo sabe también.

El hombre del F.B.I. se acercó a ellos.

—Me llamo Dave Berry y soy agente federal.

Los dos hombres volvieron el rostro hacia el recién llegado.

—¡Berry! Sí, mi hermano tenía prisa en llegar a Washington para entrevistarse con usted. No, no quiere decir que la cita que tenía con usted fuera la causa del accidente. Venga conmigo, Berry. Desearía hablar con usted unas palabras.

Los dos hombres pasaron a una sala contigua, vacía. Se sentaron en sendas butacas.

—Mi hermano Frank estaba algo nervioso antes de salir para

Washington. Es raro que venga a visitarme a mi casa de Baltimore. Solo lo hace cuando algo le preocupa. No obstante, se abstuvo de hablar de lo que fuera. Ahora, el F.B.I. parece interesado en entrevistarse con él. ¿Qué pasa, Berry? ¿Tiene ello algo que ver con el accidente?

—¿Cómo se encuentra su hermano?

—Francamente mal.

—No debemos perder tiempo en charlas inútiles, Longley. Creo que será mejor que pasemos a verle. Ya se enterará de lo que pasa si llega la ocasión.

—Muy bien, acompáñeme.

Pasaron acto seguido a la habitación que ocupaba Frank Longley. Dave no pudo distinguir más que su rostro. Parecía fatigado, pero tranquilo. Sus labios se entreabrieron en una pálida sonrisa.

—Hola, muchacho.

—Hola, doctor.

—¿Conoce usted la historia del suicida y su salvador? Aquel le dice a este: «Gracias, amigo, usted me salvó la vida. Ahora, ayúdeme a vivir».

Dave bajó la cabeza. Cesó de sonreír.

—Usted me salvó la vida en el quirófano de Suakine. Ahora, yo le pido que me ayude.

—No le entiendo, doctor.

—Yo me disponía a declarar ante la AAPSD... Pero creo que tengo una cita más urgente... Mientras hombres como Yussef Rushdi manejen los destinos de Kerma, la Asociación no debe darles un centavo... ¿Está usted de acuerdo?

—Sí, claro.

—Quiero que usted vaya a declarar en mi puesto. Solo usted puede hacerlo.

¿Cómo decirle que era eso precisamente lo que él trataba de quitarle de la cabeza? ¿Cómo decirle que él pertenecía a un organismo tan neutral como el F.B.I.? ¿Cómo explicarle un montón de cosas que nada tenían que ver con la Justicia, sino más bien con los intereses de la política, de la convivencia, de los intereses petrolíferos de las grandes compañías?

¿Cómo argumentar todo esto?

—Haré todo lo que esté en mi mano para...

No pudo acabar la frase. Cambió rápidamente de tema.

—Doctor, usted se repondrá.

—Muchacho, no debe discutir conmigo sobre una materia de la que no entiende una palabra. Sé perfectamente cuál es mi estado. Dígame, ¿cree que lo ocurrido se haya debido a un simple accidente?

Era justamente la pregunta que él se estaba haciendo desde que saliera de Washington.

—No lo sé, doctor.

Sean Longley estaba atento a todo lo que allí se hablaba. Unas cosas las entendía y otras no. Pero no decía nada. El herido pareció sumirse de pronto en una profunda somnolencia.

—Será mejor que salgamos afuera.

—Sí, avisaré a la enfermera para que esté a su lado.

El «G-man» y Sean Longley salieron al pasillo. Allí estaba Ronald.

—¿Sabe usted adónde han llevado el coche, Ronald?

—¿Qué importa eso, míster Berry?

—Usted dice y repite que no pudo hacer girar la dirección. Quiero saber por qué.

Sonó una risa amarga, nerviosa.

—No lo sabrá jamás. Ya vio cómo salimos los dos del coche. Pero el automóvil no es sino un amasijo de hierros retorcidos.

—Los especialistas del F.B.I...

En aquel momento salieron de la habitación la enfermera y el hermano del doctor Longley, que un instante antes habían entrado.

—Todo acabó, Berry.

—¿Qué quiere decir?

—Frank acaba de morir.

Ronald se volvió hacia la pared. Inclino la cabeza.

—¿Puedo hacer algo, Longley? —inquirió el federal.

El hermano del doctor Longley meneó la cabeza. Dave estrechó fuertemente su mano. Una lágrima estaba a punto de salir de los arrugados párpados.

—Usted no cree que fuera un accidente, ¿verdad?

—Estoy seguro de que no lo fue. El F.B.I. va a intervenir en esto, se lo aseguro.

—Tengo entendido que esos tipos gozan de inmunidad diplomática... No, no trate de negar nada, Berry. No soy tonto. Escuché algunas frases sueltas.

—Sí, tiene razón.

—Va a ser algo difícil probar si ellos tuvieron algo que ver con el accidente, ¿no?

—Algo muy difícil, sí.

Dave pensaba en algo muy lejano. Primero había sido George Rankin, ahora Frank Longley. Los asesinos no habían acabado aún su tarea. Estaba Nadia. Y también él, para redondear las cosas.

Dave aparcó delante del hotel Sheraton.

El uniformado portero le echó una mirada como si dudara que sus zapatos estuvieran lo bastante limpios como para hollar la roja alfombra. Fue directamente al mostrador de recepción.

—Miss Nadia Rankin. Habitación quinientos ocho.

Creyó leer una buena dosis de suspicacia en aquellos ojos.

—¿No se ha equivocado de habitación, señor?

—Soy amigo del detective del hotel: O'Brian. Dígame que está aquí Dave Berry. No sé qué diablos...

—Puesto que es usted amigo del sargento O'Brian, ¿por qué no llama a la habitación quinientos ocho y habla con él?

Dave tomó el auricular y el empleado le puso con la habitación. Esperaba algunos reproches. Llegaba con una hora de retraso. Pero lo que no entendió del todo era que O'Brian se encontrase en la habitación de Nadia. ¿No era llevar la vigilancia demasiado lejos?

Escuchó la voz del policía.

—Soy Dave Berry. ¿Ocurre algo, O'Brian?

—Toma el ascensor y sube enseguida, Berry.

Según el detective del hotel, una chica que deseaba por todos los medios mantener el incógnito había tomado una habitación en la quinta planta con la firme intención de suicidarse.

—Pero en el último segundo le faltó el valor necesario. Ocurre muchas veces.

—¿Por qué no tomó una habitación en el último piso, O'Brian? Era más seguro si su intención era esa. Es curioso que un aprendiz de suicida viaje en avión desde Londres para poner fin a sus días, ¿no crees? Como si en Londres no hubiera edificios altos.

—Sin bromas, Berry.

—No estoy bromeando, polizonte. ¿Confesó ella que había intentado suicidarse?

—No; pero el doctor del hotel...

—¿Cuál es la versión de la muchacha?

—Según ella, sobre la siete y media se encontraba en la terraza de la habitación contemplando las luces de la ciudad cuando alguien llamó a la puerta. Pensó que eras tú y acudió a abrir. Era un hombre con el uniforme del hotel. Le dijo algo sobre los grifos del cuarto de aseo y le dejó entrar. Ella salió de nuevo a la terraza y siguió asomada.

La mirada del policía parecía indicar que no creía una palabra de lo que estaba contando a su colega del F.B.I.

—Dice que de pronto le pareció oír un rumor extraño y que se volvió sobre sí misma. Se encontró con el empleado que trataba de empujarla al vacío. Dio un grito, lucharon, forcejearon en el mismo

borde de la terraza. El hombre, al no conseguir su objetivo, huyó. Ella comenzó a pedir ayuda, a gritar como una loca.

—¿Qué hay que no encaje en tal versión, O'Brian?

—Se la enfrentó con todo el personal del hotel, Berry. Ninguno de ellos era el hombre que entró en su cuarto.

—Pudo ser alguien que robara el uniforme.

—Pudo ser, desde luego. Pero no fue así.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Esa muchacha apestaba a *whisky*. Cuando el doctor la reconoció estaba como una cuba. Luego está el asunto ese de su padre, fusilado en no sé qué país de por ahí. Para mí que está mal de la chaveta. No es que se lo reproche, pero...

—Entiendo, O'Brian. ¿Dónde está ella ahora?

—Ha sido trasladada a otra habitación de la primera planta: número ciento cuatro. Cuestión de seguridad. Desde la primera planta no creo que vuelva a intentar nada semejante.

—¿Hay inconveniente en que la vea?

—Ella dijo que te esperaba. Por otra parte, el F.B.I. tiene entrada libre a todos sitios. Deberías saberlo, «G-man».

—Gracias, polizante.

Pat O'Brian no era un mal chico ni un deficiente policía. Lo que sucedía era que su modo de enfocar la profesión era demasiado rutinario, exento de imaginación. Y tampoco tenía por qué conocer la catadura de Yussef Rushdi y sus amigos.

CAPÍTULO 8

D

ESDE el día en que habían dejado de verse, Nadia había envejecido diez años. Sus largos cabellos mal peinados flotaban en torno a un rostro demacrado, de rasgos endurecidos.

El médico del hotel estaba cerrando su maletín.

—Debería tomar un tranquilizante, señorita.

—No, gracias. Todo irá bien, doctor.

El médico se fue sin insistir más. O'Brian fue a sentarse al extremo de la pieza.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Nadia.

A Dave le hubiera ido muy bien un buen vaso de *whisky*, pero rechazó el ofrecimiento para no dar ocasión a la chica de absorber aún más alcohol.

—El sargento O'Brian, aquí presente, no sabe si tragarse su historia o ir a ver una película cómica.

—¿No me cree?

—Digamos que preferida no creerla si la ocasión se presentara.

—Conozco mi profesión —dijo O'Brian en tono agresivo.

—Pero ¿por qué iba yo a mentirles? ¿Por qué?

—Escuche, señorita: a mí me paga la dirección del hotel. Antes de prevenir a la Policía por una historia de este género, es preciso que...

—Levántate, O'Brian —dijo el «G-man».

El policía le miró con asombro. Se levantó.

—¿Y bien?

—El teléfono está ahí. No llames a la Policía. Llama al F.B.I.

—¿Para qué?

—Vengo del hospital de Laurel. Un hombre ha muerto allí esta tarde. Ha sido asesinado por los mismos que han intentado matar a *miss Rankin*.

Nadia dejó escapar un grito.

—No, no puede ser que el doctor Longley...

—Sí.

O'Brian marcó el número del F.B.I., habló durante unos minutos y dio el nombre de Berry. Luego le hizo un gesto y le pasó el auricular.

Nadia sacudía los hombros sollozando calladamente.

—Mataron a mi padre... Han matado al doctor Longley... Han intentado asesinarme de un modo horrible... ¡Oh, Dave...! ¿Cuándo va a acabar todo esto?

El «G-man» terminó de hablar con la oficina federal y escuchó atentamente el relato de lo sucedido de labios de Nadia. Media hora después, volvía a repetir la historia delante de los compañeros de Dave Berry, que la escucharon en silencio.

—El jefe Braverman nos ha dicho que nos pongamos a tus órdenes directas, Berry. Que hagamos todo lo que a ti te parezca bien. ¿Qué piensas de todo esto?

En pocos minutos, Dave les mostró los motivos que aquellos hombres tenían para eliminar a Nadia. Habló de lo sucedido en Kerma. A medida que hablaba, la arruga que estriaba la frente de sus interlocutores, se hacía más pronunciada.

—Sería conveniente comunicar todo esto al Departamento de Estado.

Dave sonrió.

—He tratado de llevar esto sin que trascienda. Es conveniente mantenerlo así por razones obvias. Pero también he querido poner las cosas sobre el tapete porque posiblemente corra la sangre. Solo quiero que O'Brian y ustedes sepan con quiénes vamos a enfrentarnos. Pero lo que acabamos de hablar aquí no debe salir de estas cuatro paredes. Intentarán provocar nuevos «accidentes», y todos sabemos que ese tipo de crimen es el más difícil de probar. Así que será preciso impedir tales «accidentes».

—¿Cómo?

—Asegurando la protección de *miss* Rankin.

—No será fácil. No tenemos suficientes hombres por el momento. No olvide que necesitaremos tres por día para asegurar en todo momento su protección.

—Habrá que hacer lo imposible.

—Hum... Se intentará.

Nadia permanecía cerca de la ventana. Se volvió hacia Dave. Sonrió. Su sonrisa era nerviosa.

—Tengo miedo, Dave. Intentarán matarme de nuevo, ¿verdad?

—Vas a estar bajo la protección del F.B.I. todo el día y toda la noche, Nadia. Había pensado invitarte a cenar fuera, pero creo que será mejor que cenemos aquí, en tu habitación. ¿Qué dices a eso?

—Está bien, Dave.

Minutos más tarde, servida la cena para los dos en la nueva habitación del hotel, Nadia y Dave dieron buena cuenta de sendos «steaks» asados, ensalada y macedonia de frutas. Solo faltó una botella de vino para hacer completa la velada.

Nadia captó el detalle.

Contó al «G-man» su viaje hasta Inglaterra; luego, su estancia en Londres.

—Por primera vez desde que embarqué en Amara me siento bien, Dave. Había muchas cosas encerradas dentro de mí. Creo que esta nueva sensación te la debo a ti.

Se levantó y depositó un beso rápido sobre los labios del joven.

—Ten cuidado, Nadia. Estás a punto de provocarme. Eres demasiado bonita.

—¿Te molestó?

—Si alguien te dijera que un beso tuyo podía llegar a molestar, te aseguro que sería el tipo más imbécil del mundo.

—Demasiado pronto, ¿no?

—Sí, demasiado pronto.

Alguien llamó a la puerta de la habitación. Dave fue a abrir, no sin antes palmear la culata de su 38. Era uno de sus compañeros del F.B.I.

—Acabé de cenar, Berry. Estoy dispuesto a empezar mi vigilancia si es preciso.

—Lo es. Pasa, Curtis.

Nadia se les unió en la puerta.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

—Pasen los dos. No se queden en la puerta.

Dave meneó la cabeza.

—Me voy, Nadia. Tengo sueño atrasado y quiero dormir de un tirón hasta mañana temprano. Hay cosas qué hacer. Te aconsejo que hagas lo mismo.

Ella sonrió confiada.

★ ★ ★

Eran las once cuando Dave aparcó su automóvil delante del apartamento que ocupaba en Fairfax.

La casa tenía por propietaria a la viuda de un parlamentario aficionada a los gatos. Era una buena mujer. Pero tenía por compañeros a siete enormes ejemplares que se paseaban de un lado para otro como sietes fantasmas.

Dave hundió la llave en la cerradura. Un gato de angora blanco

como la nieve se despegó junto al tope de la escalera. El inquilino empujó la puerta.

El vestíbulo estaba sumido en la oscuridad. Dave alcanzó el pasamanos de la escalera y comenzó a subir después de haber encendido un fósforo. No había luz en el rellano a pesar de haber oprimido el botón. La bombilla debía haberse fundido.

El gato comenzó a subir junto a él, frotando su sedoso lomo contra los pantalones del federal.

Dave sonrió, acariciando a su amigo.

Finalmente alcanzó la puerta de su apartamento. Tendría que decir a la dueña de la casa que cambiara la bombilla, o alguien acabaría rompiéndose la crisma.

El gato de angora se puso a ronronear.

—Esta noche no, gatito —le susurró Dave.

El ronroneo pareció expresar decepción.

Luego, bruscamente, el animal se puso a rechinar los dientes. Había engarfiado los bajos del pantalón del joven con sus patas de delante. Era la primera vez que Dave veía a uno de aquellos animalitos con síntomas rabiosos.

En aquel instante se produjeron tres cosas al mismo tiempo.

Dave se agachó para librarse de las garras gatunas.

La puerta del apartamento se abrió bruscamente. El «G-man» levantó la cabeza. Una luz vivísima brilló por encima de él.

El gato gruñó de nuevo. Después brincó hacia adelante, rozando la cara de Dave. La luz vaciló.

Una explosión formidable estalló. Un escupitajo anaranjado le quemó la mejilla.

Creyó oír un gruñido aún más prolongado del gato de angora. Creyó escuchar una serie de detonaciones cribar la pared de enfrente. Todo no era, sin duda, más que fruto de su imaginación. La detonación había dominado todos los demás ruidos.

Acababan de disparar sobre él.

Se incorporó de un salto. La antorcha eléctrica osciló de izquierda a derecha y fue a chocar contra su sien violentamente. Vaciló sobre sus piernas. Un hombre brincaba delante de él y se ponía a correr en dirección a la escalera, con el rayo luminoso de su lámpara saltando delante de él.

Dave se lanzó en su persecución, con paso seguro, tropezando, sin embargo, con la pared y el pasamanos de la escalera. La oscuridad casi total lo envolvía todo, tanto para uno como para otro.

Las pisadas golpeando el suelo de madera.

El fugitivo había avanzado demasiado delante de él. Iba a alcanzar

la calle antes de que el «G-man» tuviera tiempo de abrir la puerta. Habría un coche, naturalmente. Como cualquier asesino a sueldo, profesional y experimentado, el tipo debía haberse asegurado el medio de ponerse a salvo.

Dave reflexionó.

Sabía que había una puerta trasera. Si el otro también lo sabía, si iba a salir por allí, tendría que atravesar todo el vestíbulo del entresuelo para ganar la puerta. Había luz abajo. Le vería.

Aquel tipo había intentado matarle. Si el gato no le hubiera saltado encima, en aquellos momentos él estaría muerto.

Si no iba a la puerta de atrás, iba a pasar justamente por debajo de él.

No fue hacia la puerta de atrás.

Dave pasó las piernas por encima del pasamanos y se dejó caer.

Una fracción de segundo más tarde aterrizó sobre él, con todo su peso, con el impulso dado por una caída de tres metros. Sus rodillas chocaron con los hombros del tipo.

Se derrumbó bajo esta carga inesperada. Dave se puso rápidamente en pie. La nuca del desconocido vino a chocar violentamente con sus dientes. En alguna parte se oyó vagamente el rumor de una puerta que se cerraba.

El tipo agarraba aún su lámpara y trataba desesperadamente de golpearle, pero Dave le atenazaba sólidamente el brazo. Tenía los cabellos rojos, grandes ojos aterrorizados y la nariz rota, como la de los boxeadores. El revólver del que acababa de servirse asomaba del bolsillo.

Dave se apoderó de él tomándolo por el cañón. Luego lo arrojó lejos por encima de su hombro.

El tipo intentó levantar la cabeza como una serpiente cuando se le toca la flauta para domesticarla.

—Si te mueves, te juro que voy a decorar la casa con tus dientes, amigo.

La cabeza volvió a tocar el suelo.

A unos pasos de distancia, Dave percibió un par de pantuflas, dos tobillos y el borde de una bata de casa.

—*Mistress* Farrell, encienda la luz o ponga una bombilla si falta en su sitio. Arriba ha quedado uno de los gatos... Muerto.

La mujer puso el grito en el cielo. Fue a solucionar lo de la bombilla y encontró que había sido simplemente aflojada. Dio la luz y el vestíbulo se iluminó. Su rostro, cuando volvió, estaba descompuesto.

—¿Cuál de ellos? —inquirió.

—El de angora. Me ha salvado la vida al saltar sobre este tipo y

asustarlo.

—¿«Confucio»? Este hombre merece la silla eléctrica, Dave. Es un asesino.

Dave estuvo a punto de sonreír. Aún no enviaban a los tipos a la silla eléctrica por matar a un gato, pero en aquel caso específico no era mala cosa que llegaran a hacerlo. Tenía en la mano su 38 de reglamento y con él apuntaba al individuo.

—Ponte en pie, amigo.

El pelirrojo obedeció lentamente. Miró a la vieja de soslayo y luego fijó su atención en el negro orificio que apuntaba directamente a su cráneo. Ahora no había miedo en sus facciones, sino solo preocupación. Era el matón típico.

—Te has metido en una buena, amigo. Soy agente federal. ¿Lo sabías?

El otro no dijo nada.

Dave levantó la mano izquierda y soltó un revés fulminante que dio en la boca del pelirrojo. Este trastrabilló sin poder evitarlo; se tocó los labios: había empezado a surgir un hilillo sanguinolento.

—Me gusta que me contesten cuando hago una pregunta. ¿Sabías que yo era un agente federal?

Meneó la cabeza.

La vieja intervino en la conversación:

—Jamás he deseado matar a nadie, Dave. Pero déjeme el placer de arreglar cuentas con este asqueroso. ¿Qué le hizo mi «Confucio» para que disparara sobre él?

—No se preocupe, *mistress* Farrell. Este tipo recibirá su merecido. Vamos, amigo, tú y yo vamos a dar un paseo en coche.

—Va a llevarlo a las afueras y a llenarle el cuerpo de plomo, ¿verdad, Dave?

—Creo que se le indigestó la última novela de *gangsters* que leyó, *mistress* Farrell. Este tipo y yo solo vamos a la oficina federal.

★ ★ ★

Se llamaba Desmond.

Había sido contratado en los bajos fondos de New York y hecho venir a Washington en avión, viaje pagado. Tenía su correspondiente ficha en los archivos federales, y, según esta, había visitado innumerables veces la prisión por un montón de delitos, desde atraco a mano armada hasta extorsión criminal.

Los especialistas de la oficina federal le apretaron las clavijas sin compasión.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

Desmond esbozó una sonrisa insultante.

—Me gustaría vivir unos años más.

Uno de los interrogadores le dio un revés. Sin dulzura. La nariz de Desmond comenzó a sangrar.

—Te aseguro que es el peor negocio que has hecho en toda tu perra vida, Desmond. ¿Quién te envió a Washington?

Desmond lanzó a Dave una mirada furtiva. Después desvió los ojos hacia los dos policías federales ocultos en la sombra del reflector que le castigaba ardientemente los párpados. Gruñó:

—Me envió el F.B.I. de New York...

El «G-man» golpeó de nuevo. Mucho más fuerte esta vez. El otro se miraba las uñas con atención. Dave encendió un cigarrillo.

Desmond escupió un diente.

—No tenemos ninguna prisa —mintió el que le interrogaba—. Podemos relevarnos, y otros compañeros vendrán a seguir cuando nosotros nos cansemos. Hablarás... aunque sea en sueños.

Desmond miró su diente caído en el suelo. Se palpó la mejilla e hizo un gesto. Se encogió de hombros imperceptiblemente.

El federal miró hacia sus compañeros.

—Parker, entrega a este pájaro a la Policía, y que le encierren en la jaula.

El aludido agarró al detenido por la chaqueta, y lo empujó hacia la puerta.

—Vamos, angelito.

Dave y su compañero se quedaron en la oficina.

CAPÍTULO 9

A

las dos de la mañana, Dave Berry y su compañero aún estaban en la oficina, consumiendo cigarrillos y bebiendo café cargado, negro como la misma noche. El teléfono estaba siendo utilizado continuamente. Los archivos trabajaban febrilmente.

La oficina federal bullía de animación.

—Joe Miller posee una embarcación de cabotaje en la bahía de Chesapeake.

—¿Contrabandista?

—En cualquier caso, lo ha sido. Ayer puso su embarcación en cala seca y ha desaparecido de la circulación. Berry, ¿crees que ha sido Miller quien ha servido de intermediario entre esos árabes y Desmond?

—¿No opinas eso tú mismo?

—Si lo que nos has contado respecto a esos árabes es exacto, no debe haber ninguna duda. Han debido pagarle bien para que se desvaneciera en el aire si Desmond fallaba. Naturalmente, Desmond no puede decirnos nada al respecto.

El teléfono sonó.

—Aquí F.B.I. —dijo el «G-man» tras haber descolgado. Un pesado silencio se hizo en el despacho. Un minuto después contestó—: Bien, envíelo. Gracias.

—¿Qué es?

—El informe del Laboratorio sobre el examen del coche de Longley.

—Parece que los técnicos no se acostaron aún, ¿no?

—Dicen que el tiempo no cuenta para el F.B.I. Y debe ser cierto.

Los dos «G-man» estaban demasiado cansados para sonreír tan siquiera. Poco después les pasaban el informe del Laboratorio federal. Un abundante *dossier*.

—Ha habido sabotaje. Alguien estropeó la dirección antes de la salida de Baltimore. El accidente era inevitable.

—¿Desmond?

—Presentó una coartada que cubre hasta las nueve de ayer tarde. Puede valer. Joe Miller, el «Dientes», debe haber puesto toda una

agencia de reclutamiento a disposición de esos árabes.

—Había tres personas más que sabían demasiado. Una, está muerta; quedan dos. Rushdi ha comenzado y no se detendrá fácilmente. Aunque la decisión de la AAPSD sea favorable, él sabe que Nadia puede perjudicarlo gravemente de una forma o de otra.

En aquel momento abrieron la puerta y un oficinista les pasó un mensaje.

—Oye esto, Berry. Hemos encontrado la pista de Joe Miller. Está a bordo de un carguero que hace la ruta de Filadelfia: el «Galveston». Vamos a tratar de echarle el guante. Quizá pueda indicarnos la identidad del árabe que fue a verle para contratar un asesino.

—Tal vez.

Pero Dave casi no le había escuchado. Pensaba que iba a ser muy difícil probar nada contra aquellos tipos, verdaderos *gangsters* de la escuela de Chicago en los años treinta. Desde el despacho y a través del teléfono, los dos «G-man» continuaron dando órdenes en aquel «affaire» que ya iba contra reloj.

A las cuatro y media recibieron un primer informe sobre la coartada de Desmond. El asesino no había mentido. Por tanto, había todavía uno o dos asesinos más sueltos.

—Si podemos agarrar a Joe Miller sin que pase mucho tiempo, Nadia Rankin está segura, Berry.

—Hasta que Rushdi encuentre otros matarifes.

No era pesimismo, sino realidad.

Dave había llegado a olvidar incluso que también él era una pieza importante en los planes de Yussef Rushdi. También él era un candidato a cadáver.

Cuando el amanecer gris se levantó sobre la ciudad, una llamada del Servicio de Guardacostas llegó al despacho compartido por los dos hombres del F.B.I. El «G-man» escuchó en silencio, mirando de cuando en cuando a Dave. Luego colgó.

—El capitán del «Galveston» se niega a cambiar de rumbo. No podemos obligarle. Dice que el carguero transporta mercancía peligrosa, inflamable.

—Esos tipos han «untado» también al capitán.

—Sea como sea, ¿vale la pena correr riesgos? ¿Es tan importante atrapar inmediatamente a Miller?

—No, desde luego. Tengo otra idea para ganar tiempo, ya que es tiempo lo que necesitamos. Rushdi y sus cómplices gozan de inmunidad diplomática. Eso significa que no podemos perseguirlos judicialmente. Pero no hay absolutamente nada que nos prohíba interrogarlos.

—¿Qué adelantaremos con ello, Berry? Lo peor que les puede pasar es que los tres sean declarados «personas no gratas». Incluso si se les expulsa de este país, los asesinos que habían contratado no tendrán ya de qué preocuparse.

—Lo sé. Pero podemos hacer tal publicidad en torno a Rushdi y sus cómplices, que el rey Farid se verá obligado a dejarles caer como viejas pantuflas. En tal caso, la obtención de esas subvenciones no caería en manos decididamente partidarias del bloque oriental. Tampoco tendrían ya nada que hacer contra Nadia Rankin.

—Pero a ti te liquidarían antes de desaparecer, Berry.

—Yo me encargo de mi propia defensa.

—Tienes una imaginación desbordante, muchacho.

—Sabía que te gustaría mi plan.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—A dormir. Aunque solo sea unas horas.

—Ten cuidado, Berry. ¿Por qué no te vas a un hotel? No sería mala idea, teniendo en cuenta que...

—Es cuestión de psicología práctica, polizante. Esos tipos no volverán a dar el mismo paso en falso.

★ ★ ★

Aquella misma tarde, hacia las seis, Dave había recobrado su integridad física después de un reparador sueño, una ducha y un copioso almuerzo.

Sacó del lugar donde lo tenía guardado un minimagnetófono comprado en Tokio en un viaje reciente; uno de esos aparatos a los que son tan aficionados los industriales japoneses, terror de las industrias de otros países.

El aparato tenía el tamaño exacto de un libro de bolsillo y su aspecto era lo menos parecido a un magnetófono. Estaba provisto asimismo de un micrófono cuya apariencia era la de un cronómetro de lujo.

Dave lo guardó en el bolsillo de su chaqueta al tiempo que sonreía.

Su plan estaba en marcha y solo tenía que hacer varias llamadas telefónicas, poniendo por delante el nombre de su jefe inmediato, Julius Braverman, encargado de Coordinación en el F.B.I. y uno de los acólitos de John Edgar Hoover.

Las varias llamadas que hizo dieron como resultado otros tantos monosílabos afirmativos.

La cosa estaba en marcha.

El magnetófono era una pieza clave. Escondido en su ropa convenientemente, solo era necesario sacar un cigarrillo del bolsillo para ponerlo en marcha.

Salió de su apartamento, subió al coche y puso rumbo a la oficina federal.

Su mente desmenuzaba analíticamente cada detalle del plan.

★ ★ ★

Esperó una hora hasta que le dieron la noticia.

—Esos árabes vienen hacia acá, Berry.

—¿Los tres?

—Sí. Les hemos interceptado en el momento en que se dirigían hacia la sede del AAPSD para asistir a la sesión de apertura.

—¿Han dado el gran escándalo?

—Han estallado de indignación. Quieren un abogado. Se les ha dicho que mientras no se les inculpe no tienen por qué pedir un abogado, ya que gozan de inmunidad diplomática.

—Cogidos en sus propias redes, como vulgarmente se dice, ¿no?

—Así es, Berry.

—¿Dónde vamos a celebrar esta pantomima?

—En el primer piso.

—Bien, vamos allá.

Cuando se dirigían hacia el lugar de la reunión, Dave fue informado de que los tres hombres se encontraban ya allí. Permaneció un instante delante de la puerta, luego abrió bruscamente y entró con aire resuelto, como si fuera el propio Hoover.

Delante de sus compañeros del F.B.I., sentados en sillas metálicas, allí estaban los tres: Yussef Rushdi, Hady Hamid y Hassan Eddine. La sorpresa que se llevaron al verle aparecer fue mayúscula. Ninguno de ellos fue capaz de pronunciar una sola palabra. Las cejas arqueadas y las bocas entreabiertas.

—¿Qué hace este hombre aquí? —consiguió modular Rushdi.

—Dave Berry, agente especial del F.B.I., División de Seguridad Nacional —mostró su credencial a los sorprendidos árabes.

Estos cambiaron una mirada entre sí.

Pero la partida no estaba ganada, ni mucho menos. Dave lo sabía y no se hacía demasiadas ilusiones al respecto. Esperaban la llegada de alguien.

Llamaron a la puerta.

Un hombre grueso, con gafas, llevando una cartera de cuero, se perfiló en el marco. Miró de hito en hito a todos los que allí se

encontraban y entró con paso decidido y aire fiero.

—Soy Paul Edgley, subjefe de protocolo del Departamento de Estado. El F.B.I. me ha comunicado que tres diplomáticos colocados bajo mi protección habían sido arrestados. Quiero saber inmediatamente la razón. ¿Es esto una democracia, señores? ¿Son estos los métodos que emplea nuestro F.B.I.?

Dave estuvo a punto de sonreír. Una de las llamadas que había efectuado desde su apartamento había sido a Paul Edgley, el hombre del Departamento de Estado que había recibido en el aeropuerto a los tres diplomáticos árabes. Hacía su papel a la perfección.

La sonrisa siniestra apareció en los rasgos cadavéricos de Rushdi.

—¿Podría usted explicar a esta gente lo que es la inmunidad diplomática, míster Edgley? —inquirió Hamid.

—No se preocupe, general —respondió Edgley—. Dentro de cinco minutos estarán ustedes libres. Siento mucho lo que está ocurriendo, pero...

Dave se aclaró la garganta.

—Míster Edgley...

—¿Sí?

—Es un placer para el F.B.I. trabajar en contacto con el Departamento de Estado. Pero, antes de que tome una decisión, sería conveniente que supiera por qué estos individuos han sido detenidos.

—El motivo no tiene ninguna importancia.

—Quizá para usted, míster Edgley. Pero yo he recibido órdenes de alto nivel.

—¿Es usted inspector del F.B.I.? Tengo entendido que solo es un agente especial... con todos mis respetos hacia su graduación.

—Mis órdenes emanan del jefe Braverman.

—¿Julius Braverman, de Coordinación? Eso es tanto como decir que sus órdenes provienen de John Edgar Hoover.

—Así es.

La cólera del subjefe de protocolo desapareció. Se quitó las gafas, limpió los cristales con gesto nervioso y las puso de nuevo en su rostro.

—No se me había comunicado esto, señores.

—No se preocupe, míster Edgley. Su error ha sido lógico. Ahora, ¿están todos ustedes de acuerdo en que la inmunidad diplomática no es violada si el F.B.I. los interroga?

Edgley le miró ceñudo.

—Dadas las circunstancias, es evidente que no. Pero espero que no les importe que permanezca aquí. El Departamento de Estado me pedirá un informe.

—Puede quedarse, míster Edgley.

Dave apuntó su índice en dirección a Rushdi y comenzó el interrogatorio:

—El lunes por la tarde, una mujer de nacionalidad británica ha estado a punto de ser víctima de un asesinato. Se trata de Nadia Rankin. El hombre que contrató al asesino y este se encuentran en prisión actualmente. ¿Les conoce usted?

—Tenemos derecho a un abogado —dijo Hamid.

—Ustedes no tienen ningún derecho mientras no sean acusados. ¿Conoce a un hombre llamado Joe Miller? ¿Y a otro llamado Desmond?

—No.

—Nos negamos a responder —replicó de nuevo Hamid—. Ustedes están violando nuestra inmunidad diplomática.

—Está bien, amigos. Como quieran. Van a permanecer ustedes aquí tres horas, hasta que se decida en consecuencia.

La primera sesión de la AAPSD no duraba más que hasta mediodía, una hora como máximo. Michael Stoneman era el único miembro que dedicaba toda su actividad a la Asociación. Los otros eran hombres de probada honestidad que dedicaban unas horas tan solo al estudio de las ponencias. Las sesiones no podían eternizarse. Y si los delegados de Kerma no podían hablar, su país no recibiría la subvención solicitada.

Dave y su compañero salieron al pasillo.

—¿Cuál es tu impresión? —inquirió Dave.

—Solo hemos conseguido ganar tiempo. Esos tipos no llegarán a tiempo de declarar en la sesión de la AAPSD. Pero las consecuencias que esto puede tener son catastróficas. Ya has visto la actitud de Edgley.

—Puro teatro. Está de nuestra parte.

—El otro «G-man» enarcó las cejas.

—De tu parte, querrás decir. Estás complicando esto de un modo terrible, Berry. No sé si te das cuenta.

—Me doy cuenta, sí. Pero también confío en la psicología particular de esos tipos. Ahora saben que no soy un tipo cualquiera y que mis declaraciones podrían perjudicarles. No están convencidos del todo de que yo pueda estar atado de pies y manos ante ellos. Le han visto las orejas al lobo, ¿comprendes?

—¿Qué esperas conseguir?

—Rushdi no tardará en convencerse de que el único modo de poder acercarse a la AAPSD es conciliándose conmigo. Una entrevista. Tendremos una larga conversación y le daré a entender que estoy dispuesto a modificar mi actitud... a cambio de cierta cantidad, claro. Es el idioma que esos tipos entienden. Yo registraré la conversación en

cierto aparato y...

—Entiendo. Pero ¿sabes lo que ocurrirá si las cosas no salen como tú piensas?

—¿Para qué pensar en desgracias?

★ ★ ★

Rushdi y sus amigos fueron puestos en libertad a la una.

A las dos, un verdadero enjambre de abogados cayó sobre el Departamento de Estado. Paul Edgley hizo lo imposible para alejarlos del despacho de su superior. El secretario de Estado estaba medianamente informado de lo que sucedía. Una llamada al jefe Braverman del F.B.I., y había vuelto a colgar con una sonrisa.

Los abogados querían saber cómo un simple agente federal llamado Dave Berry podía imponer su criterio al Departamento de Estado.

Lo que Rushdi y sus amigos no sabían era que iban a ser arrestados nuevamente a medianoche, para ser puestos en libertad dos horas después.

A la mañana siguiente, nuevo arresto: el tercero. Rostros somnolientos, preocupados y nuevamente faltaron a la cita en la sesión de la AAPSD.

La cosa marchaba.

CAPÍTULO 10

E

L hombre gordo estaba nervioso. Cada vez que levantaba los brazos, y no sabía hablar sin gesticular, un olor acre salía de sus axilas.

Eran las once.

Estaban en el apartamento de Dave Berry, en Fairfax. Dos horas antes, el «G-man» había pedido hablar con Nadia. Ella estaba bien. Sus guardias de corps seguían vigilantes. Y luego, el teléfono había sonado. Había descolgado. Nadie al otro lado del hilo. Rushdi quería saber si estaba en casa.

Necesitó una hora para decidirse.

Finalmente, Hassan Eddine se presentó en su casa.

—Usted comprenderá por qué no ha venido él mismo, ¿no es cierto, «effendi»?

—¿Y usted?

—¿Yo? —exclamó Eddine, levantando los brazos al cielo—. Pero ¿quién soy yo? Un simple comparsa. Soy portador de un mensaje, «effendi». Solo eso.

—Y el mensaje es que Yussef Rushdi quiere verme, ¿no? No tengo ningún interés en verle. Puedo verle cuando yo quiera: en la oficina federal.

—Nadie sabe lo que el porvenir nos reserva, «effendi».

—«Okay». ¿Qué quiere Rushdi?

—Hablar con usted, simplemente.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Para qué quiere hablar conmigo?

—Rushdi está convencido de que esta entrevista puede ser de utilidad para todos. No estoy autorizado a decir más.

—Sería estúpido pensar que voy a ponerme en sus manos. Rushdi ha intentado matarme una vez. ¿Quién me asegura que no volverá a intentarlo?

—Podemos lamentar el pasado, como dicen en mi país, pero no podemos cambiarlo. En este caso, ¿por qué lamentarlo?

—Rushdi lamenta el pasado, ¿eh?

—Tengo un automóvil. Estoy solo. Voy a llamarle con su teléfono. Usted propondrá un lugar de cita. Cualquiera que sea, Rushdi estará allí a la hora fijada. Luego, ustedes dos hablarán. No habrá testigos. Estaremos en un coche, solo el viento y la noche...

—Nada de lirismos.

Eddine se encogió de hombros.

—El espera mi llamada.

Dave permaneció silencioso. Eddine se agitó en su silla.

—¿Y bien, «effendi»?

Dave dio la impresión de decidirse bruscamente.

—Florida Avenue. Frente al Griffith Stadium. Dentro de media hora.

Eddine se precipitó hacia el teléfono. Marcó un número en el dial.

—Habitación número cuatrocientos catorce... Hassan Eddine, sí... Florida Avenue, frente al Griffith Stadium, dentro de media hora... Sí, sí, comprendo.

Colgó y se volvió hacia el hombre del F.B.I.

—Hady Hamid también irá. La conversación nos interesa a los tres por igual.

—Eso cambia las cosas.

—Si Rushdi quisiera su muerte, yo no estaría aquí en estos momentos, «effendi». Un asesino a sueldo estaría delante de usted. Usted me abrió la puerta, ¿no es cierto? Si usted la hubiera abierto a un asesino, este le hubiera matado con facilidad.

Dave tenía su 38 en la funda axilar, así como el minimagnetófono en el bolsillo de la chaqueta. Su plan estaba a punto de realizarse.

—«Okay», amigo.

—«Yallah».

Eddine salió primero. Había aparcado su coche a cincuenta yardas de allí. A la luz de la luna, el «G-man» vio un modelo de dos puertas. Eso no le preocupó. Pero, si se sentaba atrás, en caso de peligro se encontraría metido en una ratonera. Si se sentaba delante, por el contrario, tendría una portezuela a mano.

Solo que necesitaría un par de ojos en la nuca.

Se decidió por el asiento delantero.

Hassan Eddine desplegó su barriga ante el volante y puso el coche en marcha. Con gran sorpresa del federal, maniobró con una destreza poco común.

★ ★ ★

Dave sacó un cigarrillo diez minutos después de que Hady Hamid y

Yussef Rushdi se hubieron sentado en el coche, en el asiento trasero.

—No salgas de la ciudad —le ordenó a Eddine—. Y no pases de cuarenta. ¿Le parece bien, Berry?

El nombre del F.B.I. asintió.

El vehículo remontó Florida Avenue y torció a la derecha por Georgia Avenue, en dirección a la Howard University. Luego, el conductor tomó Columbia Road hacia el National Zoological Garden. El general Hamid estaba detrás del hombre del F.B.I. Ni él ni Rushdi parecían tener prisa en hablar.

El minimagnetófono estaba funcionando.

—Tengo que felicitarle, Berry. Pocas veces me equivoco cuando juzgo a un hombre, pero con usted he de decir que me equivoqué.

Aquello no merecía ser registrado en cinta magnetofónica. Dave guardó silencio.

—Sí, me equivoqué con usted, Berry. La noche que usted y yo nos conocimos, allí en Shibwan, le tomé por un yanqui arrogante y pretencioso.

El silencio volvió a reinar durante cerca de un minuto. Rushdi, con voz sepulcral, y Hamid, con sus inflexiones distinguidas, parecían buscar una actitud. El coche siguió rodando por las calles casi desiertas.

Al atravesar el Rock Creek, Rushdi volvió a dejar oír su voz:

—¿Qué es lo que quiere usted, Berry?

Fue entonces cuando el «G-man» comprendió que la conversación tomaba importancia.

—No entiendo.

—Ya hemos visto lo que usted puede hacer desde su puesto en el F.B.I. No me importa decirle que nos ha impresionado.

—«Okay». No creo que tengamos más que decirnos.

—Un momento, Berry. Usted me interesa. Usted está decidido a impedirnos que nos presentemos al AAPSD. No sabía que Kerma tenía un enemigo tan obcecado en usted.

—Yo le intereso, pero hace tres días usted envió a un asesino a sueldo a liquidarme.

—Hace tres días yo no sabía lo que sé ahora. ¿Quién podía imaginar que usted era un agente federal? Si usted es terco, también yo lo soy. Mi situación en Kerma está en juego, Berry.

—¿Por eso ha matado al doctor Longley?

—Yo no he matado al doctor Longley. Si lo manteníamos prisionero en Kerma era porque él y su amigo Rankin estaban a las órdenes de Israel, los enemigos del gran pueblo árabe.

Dave dio un codazo a Eddine.

—Dé la vuelta y lléveme a casa, amigo. No he venido aquí a oír

estupideces.

—¿A qué ha venido, Berry?

—Lléveme a casa. Si Rushdi no pone todas sus cartas sobre la mesa, ¿por qué voy a hacerlo yo?

Dave esperó la reacción. No tardó en producirse.

—Si liquidé al doctor Longley, fue porque era necesario. Estaba al corriente de lo que proyecté en el quirófano del palacio real de Kerma.

—¿Y Nadia Rankin? ¿También debe morir?

—El atentado de la bomba contra el avión real. Nadia sabe demasiado.

—Usted entró en contacto con un tipo llamado Joe Miller, apodado el «Dientes», y utilizó los servicios de varios matarifes: un tal Desmond, encargado de asesinarme, otro que se ocupó de averiar el coche del doctor Longley, y un tercero que intentó precipitar a Nadia al vacío desde la terraza del «Sheraton». ¿Es o no es verdad todo esto?

—Sí, es cierto.

Dave creyó que su suspiro había sido oído por los tres árabes. Pero solo se había producido en su imaginación. Había suficiente en la cinta magnetofónica para comprometer a aquel trío de rufianes. Pero había que seguir hasta el final.

—¿Hablamos de algo más positivo, Berry?

—Adelante.

—Usted nos considera sus enemigos. Gente a la que hay que destruir porque nosotros hemos intentado lo mismo con usted. Pero, por otra parte, usted reconoce que somos enemigos potentes... y poderosos. ¿Por qué no convertírnos en amigos potentes... y poderosos?

—Explíquese mejor, Rushdi.

—Quiero comprar su amistad. ¿Está en venta?

—Me gusta esa canción, Rushdi. ¿Por qué no continúa cantándola?

—¿Cuánto quiere por dejarnos tranquilos, Berry?

—Ofrezca usted.

—Antes que nada, ¿cómo sabré que se unirá a nuestra causa? Necesitaré una prueba de su lealtad, Berry.

—Tendrá que fiarse de mi palabra, amigo. Las cosas han ido demasiado lejos. Usted no tiene a nadie a quién confiarse en este país, salvo a mí. ¿Cuánto está dispuesto a soltar por mi silencio y mi cooperación?

Se hizo un silencio demasiado pesado para los nervios de los ocupantes del vehículo.

—Cien mil dólares. En moneda americana. Entregados enseguida y al contado.

—Si usted me ofrece de primera intención esa cantidad es porque

piensa que yo subiré el precio. Estoy seguro de que estaría dispuesto a pagar el doble... o quizá el triple. Es la costumbre en su país, ¿no?

—Berry, la paciencia tiene un límite. No lo olvide.

—«Okay», Rushdi. ¿Y si le dijera que no quiero un solo centavo que venga de usted?

La mano del «G-man» comenzó a buscar la culata de su arma.

Eddine cambió una mirada con los de atrás a través del espejo retrovisor.

—Un frío cañón se posó en la nuca de Dave.

—Quédese quieto, «effendi» —dijo Hamid.

—Bien, Berry. Ya vio que hicimos todo lo posible por mostrarnos razonables con usted. Pero usted es un tipo difícil y eso no tiene remedio. Saque el arma que buscaba y tenga cuidado cómo lo hace. El dedo del general Hamid no vacilará un instante en apretar el gatillo de su pistola.

Dave obedeció, entregando el 38 a Eddine, que continuó conduciendo como si nada hubiera ocurrido.

—Ahora, conduce hacia la vía férrea, Hassan —ordenó Rushdi.

Dave se dio cuenta al punto de que se había confiado demasiado, jugando terriblemente mal la última parte de aquel juego. Toda la conversación había quedado registrada en el minimagnetófono, que cuando llegara al tope se pasaría automáticamente.

Pero no había calculado aquello.

¿Por qué iba Rushdi a confiar aquel trabajo a un asesino a sueldo? Ellos podían hacerlo perfectamente bien. En su mentalidad oriental no entraba la responsabilidad que entraña matar a un miembro del F.B.I. Para ellos, un «G-man» era un hombre como cualquier otro.

Dave miró la aguja del salpicadero. Rodaban a treinta. Eddine podía detener el coche en cualquier momento. Le dirían que descendiera. Dos o tres zancadas y...

Eddine quitó completamente el pie del acelerador para frenar. Era lo que Dave esperaba. Habían llegado a un espacio abierto cerca de la vía férrea. Cuando el marcador llegó a veinte, entró en acción.

Disparó el codo contra el estómago de Eddine y se tiró hacia la derecha, empuñando la manilla de la portezuela. El cañón de la pistola de Hamid no encontró más que el vacío. Una seca detonación retumbó.

La puerta se abrió bruscamente. El «G-man» cayó al suelo, chocando aparatosamente de espaldas. En su mano apareció casi milagrosamente el 38 que había recuperado del cinturón del gordo conductor. Varios fogonazos partieron del interior del coche y la tierra saltó junto a su mejilla, hollada por los proyectiles.

El coche había seguido unas yardas más allá, impulsado por la

propia marcha. Quedó detenido a unas quince yardas de donde él se encontraba.

Fue Eddine quien salió primero. Dave se acucilló junto a una señal luminosa, allí donde la vía cruzaba la carretera. Se escondió cómo pudo y contestó al fuego del gordo. Eddine lanzó un grito y saltó hacia adelante, como si pretendiera confundirse con las sombras.

Hamid corrió a buscar un refugio detrás de la masa del vehículo.

Rushdi desapareció en la noche.

Tres fogonazos surgieron de nuevo de la parte trasera del automóvil. Dave replicó por dos veces. El árabe disimulado al otro lado del coche disparó a su vez. Estaban los dos a cubierto. No era para preocuparse. Pero Rushdi había desaparecido.

Dave gatillo una vez más para obligar a su enemigo a imitarle. Eso fue lo que hizo Hamid. El «G-man» lanzó un grito estridente. Y luego sobrevino el silencio, apenas quebrado de cuando en cuando por el rumor lejano de un tren. Esperó. El hombre que se escondía tras el coche, el general Hamid, no iba a pasarse la noche allí.

—¿Berry? Salga si es que puede aún moverse. Dese prisa si no quiere que acabe con usted de un balazo.

Dave no se movió. No dijo nada. Luego, a la luz de la luna, vio aparecer a Hamid de detrás del capot. No hizo un solo gesto. Quizá esperaba a su compinche Rushdi. En cuanto a Eddine, su silencio era prueba palpable de que había muerto.

—Berry, salga.

Dave siguió quieto.

Completamente tranquilo, Hamid salió de detrás del coche, esgrimiendo su pistola, en busca de su enemigo.

Ahora fue cuando Dave salió del precario refugio que constituía la señal luminosa.

Hamid dirigió la pistola hacia él y disparó atropelladamente.

Dave hizo fuego dos veces casi seguidas. Vio doblarse a su enemigo como un monigote al que de pronto se le acabara la cuerda. Las dos balas le habían atravesado literalmente.

Justamente entonces apareció Yussef Rushdi, a veinte yardas de distancia, a la izquierda. Había sido el más precavido. El «G-man» apuntó hacia él y oprimió el gatillo. Pero el inesperado clic de la recámara vacía le hizo estremecer. Y Rushdi rio como si se hubiera vuelto loco.

Dave dio un salto y se metió entre las vías, cruzándolas en zigzag, perseguido por los plomos de la automática y las risas esquizofrénicas del árabe. Estaba irremisiblemente perdido. Allá a lo lejos, una luz verde se volvió naranja, luego roja. El rugido sordo de un tren se

amplificó.

Dave cayó al suelo, en el mismo momento en que un ojo enorme, como el de un cíclope, seguido de una gran masa negra, pasaba a toda velocidad a su lado.

Rushdi se había detenido para recargar su arma. Estaba tan abstraído en su tarea que no se dio cuenta de nada. La locomotora, seguida de una fila interminable de vagones, estaba pasando por allí.

Un alarido espeluznante.

Dave sintió una ligera compasión por aquel hombre que había recorrido ocho mil kilómetros para ir a buscar la muerte que el destino le había asignado.

El monstruo rugiente pasó por encima de él, devorándolo con sus ruedas de hierro.

PUNTO FINAL

N

O puedo creer que todo haya acabado, Dave.

—Acabó la pesadilla, Nadia. El F.B.I. capturó a nuestro escurridizo Joe Miller, y él acabó de suministrar los datos que faltaban en el *dossier*. Rushdi, Hamid y Eddine murieron igual que habían vivido: a sangre y fuego.

—¿Qué va a ocurrir ahora entre el reino de Kerma y los Estados Unidos?

—El rey Farid se ha librado de un golpe de tres problemas, una especie de cáncer que tenía metido en su misma carne. No me extrañaría demasiado recibir una carta suya en términos amables. Él no podía tirar por la calle de en medio, como dice el jefe Braverman. Pero la brusca desaparición de esos tres tipos le hará suspirar tranquilizado. En cuando a la subvención de la AAPSD, no creo que la nueva delegación que envíe Kerma vuelva con el dinero.

—En tal caso, ya nada tengo que hacer en Washington.

—¿Estás segura?

—Nada me retiene aquí, Dave. He de volver a Londres.

—¿Qué te espera en Londres?

—Soy inglesa. Mi familia, los recuerdos de mi padre, muchas cosas... Tengo mi hogar allí, Dave.

—Un hogar se puede trasladar. Los recuerdos son algo insoportable cuando no se tiene a alguien con quien compartirlos. Tú eres aún muy joven y... bonita para aislarte en un país tan frío como aquel.

—No me gustaría que sintieras compasión por mí, Dave. No lo soportada.

—¿Compasión? Estás loca, chiquilla.

—Demasiado pronto. ¿Recuerdas? Tú mismo lo dijiste en la habitación del hotel, cuando te besé.

—Aquel beso fue influido por las circunstancias, Nadia.

—¿Quieres decir...?

—Prueba.

Nadia no habló. Acercó sus labios a los de él y posó un beso encendido de pasión. Un beso que fue debidamente correspondido.

—Oh, Dave... ¿sería posible que...?

—Claro que sí, Nadia. Tú y yo vamos a hacer un viaje a Londres, recogerás las cosas que tú creas imprescindibles para tu nuevo hogar. Y luego volveremos a los Estados Unidos. Tienes que sentir un poco de compasión por este pobre «G-man» que no ha dejado de pensar en ti un solo momento.

—Dave... Oh, Dave...

—Nadia, pequeña.

F I N

BIBLIOTECA RAPIDA



TEMAS TRATADOS
PARA EL MUNDO DE HOY
TAN SUGESTIVOS
COMO:

Los tabúes
sexuales
Oniromancia
El futuro
La inquisición
El horror nazi

Pídalas en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **25** PTS.